



FAUSTO, O LUCHAS DEL BIEN Y DEL MAL.

*Drama de magia en siete cuadros, arreglado del original francés, , por D. Vicente de Lalama,
para representarse en Madrid el año de 1861.*

PERSONAJES.

FAUSTO.	INDIO 1.º
MEFISTÓFELES.	Id. 2.º
VALENTIN.	Id. 3.º
VAGNER.	MARGARITA.
CASCACIRUELAS.	SULFURINA.
UN ANGEL.	UNA ALDEANA.
UN ALDEANO.	JÓVEN 1.º
UN ESTUDIANTE.	Id. 2.º
	UNA INDIA.

Aldeanos, estudiantes, soldados, brujas, gatos, monos, murcielagos, indios é indias, demonios, sombras, etc.

CUADRO PRIMERO.

La casa de Fausto: puerta al fondo y laterales; estantes con retortas, crisoles, etc.; á la izquierda un hornillo, donde habrá un crisol, y junto á él un fuelle; en medio de la escena un sillón antiguo.

ESCENA PRIMERA.

VAGNER, CASCACIRUELAS; despues MEFISTÓFELES, bajo el nombre de MAGNUS.

VAG. (por la izquierda con un libro en la mano.) Cascaciruelas, Cascaciruelas?
 CAS. (que está junto al hornillo con un fuelle en la mano.) Qué queréis, Sr. Vagner?
 VAG. Deja por un instante tu fuelle, y aproxímate.
 CAS. (acercándose.) Ya estoy aquí.
 VAG. Dime, quién crees que es más sabio de los dos, el doctor Fausto, ó yo?
 CAS. Vos, maestro.
 VAG. Y por qué lo piensas así?
 CAS. Porque vos me lo habeis repetido varias veces.
 VAG. (incomodado.) Imbecil!... Marcha á soplar.
 CAS. Ya voy, maestro.
 VAG. (Al volverse Cascaciruelas para irse, lo agarra Vagner por una oreja.) Escucha, zopenco; no comprendes que mientras el Sr. Fausto pasa su vida es-

tudiando las causas y los efectos, en profundizar lo que es, yo la paso investigando lo que no es?
 CAS. Ya lo comprendo; vos me lo decís, y yo...
 VAG. Ahora bien; el doctor Fausto se ocupa en descubrir lo que es...
 CAS. Ya lo he oido!
 VAG. Y yo, al revés, lo que no existe.
 CAS. (Qué pesadez!)
 VAG. De modo, que soy infinitamente más sabio que él.
 CAS. Todo eso es modestia, Sr. Vagner.
 VAG. (mirándole con desprecio.) Estúpido!... La culpa tengo yo en rebajar mi talento hasta el punto de hablar contigo, aprendiz de soplador! Vete á tus hornillos.
 CAS. Tómate esa! Entonces, para qué me llamáis?...
 MEF. (entrando por el fondo, representando un anciano.) Es aquí donde mora el doctor Fausto?
 CAS. (sorprendido.) Qué?...
 MEF. Que si es esta la casa del doctor Fausto?
 VAG. Sí, señor; pero no está
 MEF. Entonces, le esperaré (se sienta en el sillón que está en el centro de la escena.)
 VAG. Permitted, señor mio; ese es el sillón donde e doctor se sienta, y...
 MEF. (con calma.) Y qué?
 CAS. (incomodado.) Ese sitio no es para vos, y os debéis levantar al momento.
 MEF. Que no es para mí? Bien, ven por el sillón, si te parece.
 CAS. Ya se vé que irá. (se dirige á cojer el sillón por detrás, como queriendo arrojar de él á Mefistóteles; tira del sillón, y se queda con uno en la mano, y Mefistóteles sentado. Cascaciruelas se manifiesta asombrado, y deja el sillón á un lado, corriendo hácia Vagner.) Sr Vagner, Sr. Vagner!
 VAG. Qué quieres, avestruz?
 CAS. No veis lo que hay allí? (el sillón desaparece.)
 VAG. Dónde?
 CAS. Calle, si ha desaparecido!
 VAG. El qué?
 CAS. No sé; tal vez sea una alucinación; venid, señor

- Vagner; ayudadme á levantar á ese viejo del sillón de nuestro maestro.
- VAG. (*á Mefistófeles.*) Os hemos dicho que ese sillón es sagrado para nosotros, y por lo tanto... (*Mefistófeles saca reposadamente una caja de tabaco y toma un pito.*)
- CAS. Ya que no quiere responder, tomad por ese brazo, y yo por este otro, y echémosle fuera. (*Vagner y Cascaciruelas cojen cada uno el sillón por un brazo, tiran, y se quedan con un sillón cada uno; Mefistófeles se levanta.*)
- VAG. (*regocijándose.*) Al fin le hice saltar!
- CAS. (*enseñándole el sillón*) No fuisteis vos, sino yo.
- VAG. Inbécil, no ves que tengo aquí el sillón?
- CAS. Y ese mío? Mirad. (*el sillón de Cascaciruelas desaparece.*)
- VAG. Dónde está?
- CAS. Otra vez!...
- MEF. Señores, qué significan esos gritos? El doctor Magnus, llamado el astro de Nuremberg, no puede sentarse en el sillón del doctor Fausto?
- VAG. (*respectuosamente.*) Cómo, seriais vos?...
- MEF. Sí, amigo mío, el doctor Magnus, que anciano ya, y próximo á bajar al sepulcro, no ha querido morir sin estrechar la mano á su amigo Fausto, el sabio más grande de Alemania.
- VAG. Dispensadnos, señor, que sin conoceros os habremos ofendido; sentaos aquí; sois muy digno de ocupar el lugar de nuestro maestro. (*se vuelve á sentar.*)
- CAS. (*bajo á Vagner.*) (Ha dicho que el doctor Fausto es el mayor sabio; luego vos no lo sois?)
- VAG. (Calla, zoquete; ve á tus hornillos.)
- CAS. Ya voy, ya voy! (Señor, dónde se habrán metido esos dos sillones?..)
- VAG. (*á Magnus.*) Decidme, doctor, creéis que la ciencia de nuestro maestro sea tan grande?
- MEF. Por qué me hacéis esa pregunta?
- VAG. Porque yo me creo tan sabio como él!
- CAS. (*acercándose*) Más, muchísimo más!
- MEF. (*á Vagner*) Según eso, despreciáis á vuestro maestro?
- VAG. Yo no le desprecio: lo único que hago es apreciarle á mí mismo.
- MEF. Qué quereis decir?
- VAG. Que con un poco de estudio, concluiré por hacer lo mismo que el doctor Fausto, mientras que él nunca hará lo que yo quiero hacer.
- CAS. Ya lo creo!
- MEF. Y qué es?
- VAG. Ya sabéis que Dios ha criado el hombre á su imagen.
- MEF. Sí; en su orgullo, los hombres creen en semejante cosa.
- VAG. Pues bien, yo quiero crear un ser; formar una persona, y darla la vida.
- MEF. (*sonriéndose*) Bien fácil es el medio.
- VAG. (*lo mismo.*) Sí; pero el que vos me indicáis, ya está demasiado gastado; yo quiero una cosa completamente original, y debida exclusivamente á mí.
- MEF. Vaya un capricho!
- VAG. Quiero formarla de sustancias combinadas; de extractos y esencias...
- CAS. Carauba qué bueno estará eso! Y de qué sexo será?..
- VAG. Quiero crear un ser amable, gracioso, espiritual...
- CAS. (Será una mujer!)
- VAG. Un modelo de sumisión ..
- CAS. (Entonces es un hombre!)
- VAG. De fidelidad!...
- CAS. (Es un perro!)
- VAG. He estado próximo á conseguirlo; pero en el momento supremo, siempre me ha faltado alguna cosa.
- MEF. Sí. Habrá faltado el espíritu?
- CAS. Eso es!
- VAG. Cómo, el espíritu?
- MEF. El alma, la vida, quiero decir.
- VAG. Justo; eso ha sido lo único que le ha faltado á mi creación.
- MEF. Es poca cosa! Con que derrameis en ese crisol el contenido de este frasquito, conseguiréis cuanto deseáis. (*le da un pomo que saca del pecho.*)
- VAG. Qué quereis decir?
- MEF. Que esto es cuanto os hace falta.
- VAG. Y con solo este liquido se forma la vida, el alma?
- MEF. (*escuchando.*) Sí; pero ella, que viene tu maestro.
- VAG. (*pasando á la derecha.*) (Mi Maestro? Si consigo mi intento, no hay duda que puedo serlo suyo.)
- FAUS. (*entrando con un ramillete en la mano.*) (Señor, y que todo el poder de mi ciencia no ha de alcanzar á devolver á estas pobres flores un poco de su perdida luzania.) (*reparando en Mefistófeles.*) Qué veol Un extraño aquí!
- MEF. Un amigo; Magnus, vuestro antiguo amigo de Nuremberg.
- FAUS. Sed bien venido (*á Vagner y Cascaciruelas.*)
- Dejalos solos
- VAG. (Cómo nos manda! Pero cuando yo haya creado mi ser...)
- FAUS. No habeis oido que os vayais?
- CAS. Sí, ya nos vamos.
- VAG. (*á Cascaciruelas*) Vamos, obedeced.
- CAS. (Si yo pudiese crear alguna cosa...!) (*salen por la derecha.*)

ESCENA II.

FAUSTO y MEFISTÓFELES.

- FAUS. (*aproximando una silla y sentándose.*) A qué debo el honor de que el sabio Magnus haya venido á mi casa?
- MEF. Sabio!... Amigo mío, démonos esos nombres cuando estemos delante de las gentes; pero á solas, convengamos que los más grandes de nosotros son muy pequeños, y los más sabios apenas saben nada.
- FAUS. Es cierto; saber en que nada se adquiere, es el único producto que dan los estudios humanos!
- MEF. Nadie nos oye, y podemos hablar con entera franqueza. Qué habeis sacado de consagrar vuestra vida al estudio? Estais satisfecho de lo bien que habeis empleado vuestros años?
- FAUS. Y vos?
- MEF. Qué lástima de tiempo perdido! Queremos profundizar los misterios de la creación...
- FAUS. Y palidecemos ante los secretos de la naturaleza!
- MEF. Y se encorban nuestras espaldas, y encaneco nuestro cabello sobre los libros!
- FAUS. Y cuando llega un día en que alzamos nuestros ojos, todo ha cambiado á nuestro alrededor; el tiempo ha huido, llevándose tras sí todos los objetos de nuestro cariño, todo lo que os sonreía, todo cuanto amabais! Entonces, si nos ha quedado un solo amigo, le tendemos nuestra mano (*lo hace, y Mefistófeles apricta.*) y cuántos recuerdos, cuánta dicha perdid espresando aquel mudo apretón!
- MEF. Y entonces exhalamos del fondo de nuestro pecho un suspiro, que podríamos traducir perfectamente por: «Qué se ha hecho de mi juventud?»
- FAUS. Y cuando escuchamos á través de los perfumados

rosales, y bajo los gigantescos tilos del bosque, las palabras de amor que se cruzan, los dulces nombres que se dan y los apasionados ósculos que se cambian, entonces nos preguntamos con un dolor intenso: «¿Qué se hizo nuestro corazón?»

MEF. Oh! Si; el estudio nos guarda un fruto bien amargo, que se llama decepción!

FAUS. (*levantándose y pasando á la izquierda*) Esa ha sido mi falta! Cien veces me lo ha advertido el cielo, y otras tantas he cerrado mis oídos á sus advertencias.

MEF. (*con ironía*) ¡Já... já!... Con que el cielo os ha hablado?... (*levantándose*) Salud al elegido del Señor!...

FAUS. (*severamente*) No os moféis, doctor; Dios habla á todos los mortales, aun cuando en diferente lengua; al soldado, el Dios de las batallas le hace oír su acento por medio de las trompas de guerra; al poeta, en sus horas de éstasis, una voz dulce, misteriosa, derrama la inspiración en su pensamiento, le habla en el murmullo de las fuentes, en el aroma de las flores, y en el cántico de las aves. Yo, encerrado en mi laboratorio, absorto en el estudio y durante mis años juveniles, eran las campanas de la Iglesia las que me hablaban. No os sonriais, doctor; escuchaba mil acentos celestiales, mezclados con el sonido del bronce, y cada domingo me decían: «Salud, salud á la primavera de la vida; es ta es la época de las sonrisas, de los placeres y de los amores; es el tiempo de las uniones santas; ven, ven á rezar, y ven á amar tambien.» Pero yo permanecía quieto en mi estudio! Despues llegué á la edad madura, y volví á escuchar la voz que me decia: «Esta es la época en que el árbol dá sus frutos, y la edad en que el hombre es padre y esposo; abandona tus estériles estudios, y prepárate los goces infinitos de la familia para tus últimos dias!» Y yo no los escuchaba, y seguía trabajando. Despues vino la vejez, y aunque he vivido en la misma casa, la Iglesia está cercana, no he vuelto á oír aquel as voces queridas que no quise escuchar; sin duda las campanas no tienen eco para mí.

MEF. Teneis razon; el amor, la riqueza y el placer, son tesoros que nosotros desconocemos.

FAUS. Hemos emprendido una senda torcida, y nuestra vida está espirando ya!

MEF. (*con fuerza*) Pues volvamos á comenzarla. (*levantándose*.)

FAUS. (*con dolor*.) A comenzarla!

MEF. Sí, volvamos á ser jóvenes.

FAUS. Qué quereis decir?

MEF. La verdad. Nada muere en la naturaleza; el dia que acaba con el crepúsculo, reaparece con la aurora; el árbol que pierde su último fruto, vuelve á brotarlo al año siguiente; las flores, las plantas, todo se rejuvenece (*señalando el ramo que Fausto ha dejado sobre la mesa*.) Veis estas flores, que están marchitas hace muchos dias? Pues van á recobrar toda su belleza... Os rei?... Y si os dijese que llegaré un dia, en que la palabra se podrá transmitir de un polo al otro con la rapidéz del relámpago; y si os digo que llegaré un dia en que el agua, aplicada por el talento del hombre á un uso particular, formará un medio de lococion, para el cual será inútil la fuerza animal, empleada hasta ahora; si os hablo de un poder sobrenatural, capaz de adormecer con un gesto, de despertar con una mirada, os reiis y me tendreis por loco!... Pues bien, este fluido viviente que me anima puedo transmitirlo por el soplo, por el contacto, por la voluntad á cualquier otro objeto. (*movimiento de Fausto*.) No lo creéis?... (*se dirije al ramo, lo coje y*

se lo enseña á Fausto, fresco, como si las flores se acabasen de cojer.) Mirad.

FAUS. (*sorprendido*.) Es verdad!... Ese es un milagro que no me sorprende, porque conozco un sabio que ha hecho milagros más sublimes que esos.

MEF. Y quién es?

FAUS. (*presentándole la Biblia*.) Aquí están consignados; abridlo, y vereis cómo los ciegos ven, y ayes los sordos y andan los paralíticos; leedlo, y vereis los muertos, que abandonan su sepulcro llenos de vida. Tomad.

MEF. Veiga. (*va á tomarlo, y aparta la mano dando un grito*.) Qué libro es ese?

FAUS. Este libro es la Biblia, y tú eres Satanás! (*se acerca á Mefistófeles con la Biblia abierta, y desaparece la peluca y el traje que lleva Mefistófeles, quedando convertido en un jóven*.) Fuera de aquí, condenado, fuera de aquí.

MEF. Magnífico! Maestro, me has adivinado.

FAUS. Ya te lo dicho que te vayas.

MEF. Me tienes miedo?

FAUS. Miedol! Puedes quedarte.

MEF. Gracias.

FAUS. Cómo te llamas?

MEF. Mefistófeles.

FAUS. Mefistófele!... Ocupas un lugar muy distinguido en las regiones infernales.

MEF. (*sentándose*.) Hablemos un poco.

FAUS. Es inútil; ya sé lo que me vas á decir: que en cambio de un servicio que me hagas, te entregue mi alma?

MEF. Qué medio tan antiguo has buscado, mi querido doctor! Soy acaso algun demonio vulgar? Dónde están mis alas, mis cuernos y mi cola? No soy el diablo del sábado, tal como lo retratan los autores en sus escritos; soy el diablo fino y elegante, que trata de sus negocios con la mejor buena fé del mundo.

FAUS. Espíscate.

MEF. Mira: entre nosotros no mediará pacto ni firma de ninguna especie; yo te daré los placeres de la juventud, la riqueza, el poder. Si de la juventud tomas todo lo bueno, santo y puro que tiene; si en la riqueza encuentras la caridad, y en el poder la gloria, de qué nos serviria un contrato firmado, si tu nueva conducta invalidaba aquel? Pero si, como creo, el hombre no es más que una miserable criatura, que tiene ojos que no ven, y oídos que no oyen; si la sávia de la juventud que vá á correr por tus venas solo enciende las malas pasiones y los deseos impuros, tú mismo te condenarás.

FAUS. Comprendo tus intenciones, y rebuso cuanto puedas ofrecermé.

MEF. Qué dices?

FAUS. Que rebuso.

MEF. No quiereres la belleza?

FAUS. No.

MEF. Rehusas la juventud?

FAUS. Sí.

MEF. No quiereres ser amado?

FAUS. Amado!... Espera.

MEF. Amado por todas aquellas á quienes tú adores?

FAUS. Cállate.

MEF. Colmado de riquezas.

FAUS. Que calles te he dicho!

MEF. Hylagado por la gloria, adorado por las mujeres?

FAUS. Déjame!... Pero no: habla, habla todavía.

MEF. (*Concuyamos*.) Acepta, Fausto, acepta; di una palabra, y verás á tus piés las almas más activas, los corazones más tiernos. Acepta, y escoje tus amores entre las más lindas mujeres (*se oyen las campanas*

tocar á la oracion; en este momento aparecen en el fondo, envueltos entre nubes, varios ángeles, y uno de ellos se adelanta hácia Fausto, permaneciendo todo invisible para ellos.)

FAUS. Silencio, maldito, silencio! Vuelven á sonar las campanas y las voces misteriosas; no las escuchas?...

ÁNGEL. Salud á la ancianidad; salud al hombre que en su larga carrera ha podido dominar sus pasiones; al hombre que, más fuerte que el demonio, ha sabido resistir sus seducciones; porque tiene puesta en Dios su confianza; salud al anciano que, próximo á la tumba, rehúsa con desden los tesoros de la tierra, y vá á reposar tranquilo en su fé, para despertar resplandeciente en la eternidad!... *(vuelve á oírse una música dulce, y desaparecen los ángeles, quedando la pared como estaba. Fausto permanece inmóvil; después levanta la cabeza y repara en Mefistófeles.)*

FAUS. Vete, no has oído? Marcha, maldito!

MEF. Obedece; pero en cualquier ocasión que me llames, me tendrás á tu disposición. *(desaparece por el escotillon.)*

FAUS. Voces santas, mi corazón os ha escuchado, y voy á rezar á la casa de Dios! *(váse Fausto por el fondo.)*

ESCENA III.

VAGNER y CASCACIRUELAS.

CAS. *(en la puerta izquierda.)* Ya se ha marchado; salid.

VAG. Al fin vamos á ver el resultado de este elixir. Andá pronto; el fuelle y el crisol.

CAS. Ya está.

VAG. Mi corazón late de placer al solo pensar que habrá un ser que, creado por mí, me deba la vida!

CAS. Y qué parte me dareis, ya que he soplado el fuego en que se ha cocido tan sublime obra?

VAG. Has puesto en el crisol todos los ingredientes que te dije?

CAS. Sí, señor; el corazón de una tortola; la hiel de una paloma; almirar...

VAG. Quiero que sea muy dulce, sumisa y tierna...

CAS. Quedareis contento con vuestra obra! Será la Reina!...

VAG. No; quiero sea mi esclava.

CAS. Bien lo mismo dá.

VAG. *(mirando el crisol.)* Ya comienza á hervir; vivo, Cascaciruelas, sopla *(saca el pomo que le dió Mefistófeles.)* Sopla sin dejarlo.

CAS. Ya soplo, señor.

VAG. A la una, á las dos, á las tres! *(vierte el contenido del frasco en el crisol; una delonación resuena; caen los dos al suelo dando gritos; el crisol salta hecho pedazos, y del hornillo sale Sulfurina, que mira á su alrededor con sorpresa, y después corre de un lado al otro.)*

ESCENA IV.

Dichos y SULFURINA.

VAG. *(levantando la cabeza.)* Cascaciruelas, Cascaciruelas?

CAS. *(con acento dolorido.)* Señor!

VAG. Lo he conseguido?

CAS. Lo que habeis conseguido, es romperme tres costillas.

VAG. *(mirando á Sulfurina.)* Qué veo? Mira, mi obra está concluida!... *(á Cascaciruelas.)* ¡Ié ahí mi esclava.

CAS. Calle, pues es verdad!

VAG. Es macho, ó hembra?

CAS. No lo sé. *(se aproxima á Sulfurina, que le da un pescozon.)* Veamos... Cuerniquis! Qué puños tiene! Si parece un elefante, maestro!

VAG. *(mirándola.)* No, no la has visto bien.

CAS. Pero la he sentido, maestro.

VAG. Es una mujer, una hermosa mujer! *(llamándola.)*

Esclava, mi linda esclava! *(Sulfurina le mira sin responderle.)* Dios mío! Si la habré hecho muda?...

CAS. Al contrario, señor; una mujer que no habla es mi tesoro! Doña esclavita, dice mi amo que si sois muda?

SUL. *(con sequedad.)* No.

VAG. Ha hablado!

CAS. Sí; pero no me parece tan perfecta como decís.

SUL. Quién me ha atrojado en este mundo?

VAG. Yo, lija mía; yo, que te he formado para que seas mi esclava.

CAS. *(con petulancia.)* Nosotros, caramelito; nosotros os hemos formado, para que seas nuestra esclava.

SUL. Qué me ha traído aquí? Qué objetos son estos que me rodean? Quién sois vosotros?

VAG. ¡É!... ¡é!... ¡é!... *(á Cascaciruelas.)* Oyes lo que me preguntan?... *(á Sulfurina.)* Esclava, nosotros somos hombres!

CAS. Sí, palomita; hombres, y muy lindos; no es verdad, Sr. Vagner?

SUL. Hombres! Entoncez, sois muy feos.

CAS. Maestro, dice que sois feo! Es graciosa la muchacha!

VAG. Eso consiste en que no tiene formado el gusto.

SUL. Quiero salir de aquí.

VAG. Ya saldrás, ya saldrás!

SUL. *(impaciente.)* No te digo que quiero salir?

VAG. Déjame que te contemple, que te admire!...

SUL. Conduéceme al instante.

VAG. *(á Cascaciruelas.)* No ves cuánta amabilidad?...

CAS. *(con ironía.)* Oh!... Muchísima!...

SUL. Vamos, pronto.

VAG. Al instante voy á complacerte, dulce esclava mía! *(á Cascaciruelas, que se rie.)* Ves cómo soy más sabio que el doctor Fausto, cuando he creado esta esclava tan dócil y obediente?

CAS. *(mirándole con desprecio.)* Sabio él!... Insensato! Cuando todo lo debe á mi fuelle!...

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

El teatro re presenta una plaza; á la izquierda la puerta de una iglesia, y á la derecha la de una taberna ó bodega; en el centro un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

MEFISTÓFELES y SULFURINA; aldeanos de ambos sexos; estudiantes, soldados y gente del pueblo que transita en todas direcciones.

ALDEANO. *(á otros.)* Y vosotros, donde vais?

ALDEANA. Nos vamos á casa.

ALDEANO. Entonces, adios, Marta y Luisa, hasta mañana.

ALDEANA. No te retires tan temprano; vente con nosotros.

ESTUDIANTE. *(á otro.)* Sigamos á estas muchachas, que son muy lindas. *(Sulfurina sale perseguida por Mefistófeles, que va vestido de estudiante.)*

MEF. Sulfurina!... Sulfurina, por qué corres así?

SUL. Y tú, por qué me persigues?

MEF. Porque te encuentro muy linda, y me gustas.
 SUL. Linda!... Es la primera vez que pronuncian tus labios semejante palabra, la cual no te se ha ocurrido, ni desde que estoy sobre la tierra, ni abajo en nuestro reino.
 MEF. Es que en el infierno no aparecias á mis ojos tan hermosa, como aquí lo estás!
 SUP. (con coquetería.) De veras!
 MEF. Estás tan encantadora, que tu aspecto me embriaga; ven, déjame que te mire!
 SUL. No sé qué gozo experimento al oírte hablar de un modo tan nuevo para mí.
 MEF. Sí, tu acento dulce y encantador penetra en mi corazón, y tus miradas hieren mis ojos cual si fuesen de fuego. Déjame que estreche tu mano entre las mías; que mis ojos se fijen en los tuyos, y que tu aliento acaricie mi rostro! (va á abrazarla, y una llama que sale del suelo los hace retroceder, lanzando un grito de dolor.)
 STL. Ay! Qué horrible fuego!
 MEF. Mi corazón se abrasa á tu contacto!
 SUL. Qué locos somos!... Soñamos con el amor!
 MEF. Cuando el amor es un fúto divino que Dios reserva para sus criaturas, y que á nosotros, los condenados, nos prohíbe tocar!
 SUL. Por un momento de olvido cuánto nos ha castigado!
 MEF. Su poder es grande, y no tenemos más que doblar la cabeza delante de él! En cambio, es preciso que los hombres la doblen delante de nosotros; es menester que el más sabio renuncie de su ley.
 STL. Puedo servirte en algo?
 MEF. Sí, pero no serás tú á quien yo arroje en su camino.
 SUL. Pues quién?
 MEF. Margarita.
 SUL. Margarita!... El candor y la pureza!...
 MEF. Ella trastornará mejor que tú el alma del anciano; ya he preparado su espíritu, y durante el sueño he hecho latir su corazón.
 SUL. Por él?
 MEF. Sí; quiero que la vea, que lo escuche de su boca, y entonces veremos si no me pide el doctor la juventud.
 SUL. En cambio quiero pedirte una gracia.
 MEF. Qué me pedirás que no te conceda? Habla.
 SUL. Que me dejes esearmentar, ó divertirme, como mejor me parezca, con esos imbéciles que me creen su esclava.
 MEF. Concedido. Mira, aquí los tienes. (mirando hacia la izquierda.)
 SUL. Sí, ellos son.

ESCENA II.

Dichos, VAGNER y CASCACIRUELAS.

VAG. Señor, dónde estará mi esclava?
 CAS. (reparando en el banco.) Uf! Qué molido vengo! Gracias á Dios que encuentro dónde santomel! (se vá á sentar, y el banco cambia de sitio, y cae al suelo.)
 Ay!... Ay!...
 SUL. y MEF. Já!... Já!... Já!
 CAS. Calle! (reparando en ellos, y yendo á Vagner.) Señor Vagner, señor Vagner, ahí está vuestra esclava.
 VAG. Es verdad!
 CAS. Y hablando con un jóven.
 VAG. (á Sulfurina.) Oyes, esclavita de mi alma, qué haces aquí?
 STL. Y á ti, qué te importa?
 CAS. (Sopla!...)

VAG. A mí, hija mía; me importa; me importa mocho.
 MEF. Sabeis, señor Vagner, que sois más exigente que el Divino Criador? (Cascaciruelas va á sentarse en el banco, y se repite el mismo juego varias veces.)
 VAG. (Sabe mi nombre.) Y decidme, jóven, por qué soy más exigente?...
 CAS. Diablo de banco! O corre él ó yo tomo mal la distancia.
 MEF. Dios ha dejado á sus criaturas el libre albedrío, y ha dicho al hombre: «sé libre.»
 VAG. Al hombre, concedido; pero no á la mujer!
 CAS. Niego que al hombre le haya dicho «sé libre.»
 SUL. Por qué?
 CAS. Oia, me preguntáis por qué, vos que sois nuestra esclava? No quiero contestaros.
 SUL. (apretándole el brazo con fuerza.) Por qué, camueso, por qué?
 CAS. Ay!... Ay!... (Canastos, y que manazas tiene!...) Allá voy!... Allá voy!... Dulcísima y amabilísima esclava!
 VAG. Vámos, no ves que lo desea Sulfurina?
 CAS. Sí, ya se me ha insinuado con una bru... digo con una fiura! He dicho que negaba esa libertad, porque si yo quisiera convertirme en alguna cosa, así..., por ejemplo, en...
 VAG. Anó?... (Cascaciruelas se convierte en borrico, teniendo de este la cabeza ú orejas y la cola, quedándose porado delante de Vagner.)
 CAS. Gracias, maestro!
 VAG. (mirando á Cascaciruelas.) Pobre Cascaciruelas! De dónde te han salido las orejas y la cola?
 CAS. (dándole.) Es cierto! Pues no tengo malos apéndices! (por la cola.) Digo, y este, sobre todo!
 VAG. Con eso tienes para espantar las moscas!
 MEF. (mirando á la derecha y á Sulfurina.) Sulfurina idos, que veo venir al doctor.
 SUL. (á Vagner.) Escucha, quiero que me lleses á paseo.
 VAG. Con sumo gusto; vamos esclava.
 SUL. Es que no quiero ir á pié.
 CAS. Pues en dónde quieres ir, idolo mio?
 STL. En ese carruaje. (el banco se transforma en un coche antiguo, al que está enganchado Cascaciruelas.)
 VAG. Qué ocurrenecia! Y quién trará de él? (Sulfurina entra en el coche y cirra.)
 SUL. Aquece asno. (echa á andar el coche, tirando de él Cascaciruelas, á quien arrea Vagner.)
 VAG. Anda, borrico.
 CAS. Pobrecito de mí, que me moleis á palos! (vânse por la izquierda.)
 MEF. (mirando por la derecha, y despues á la izquierda.) Per allí viene Fausto, y por aquí Margarita; bravo! Prepararemos nuestras redes.

ESCENA III.

FAUSTO, MARGARITA y MEFISTÓFELES.

FAUS. Creo que es tarde, y se habrá concluido la oración.
 MEF. (colocándose detras de Margarita.) No corrais tanto, encantadora niña.
 MAR. Dejádme, jóven; dejádme!
 MEF. Oh! No he de dejaros, hasta que no me hayais escuchado cuánto os amo!
 MAR. Os he dicho que me dejéis!
 MEF. Vana esperanza! Habéis de oírme hasta el fin! (quiere cojerla por la cintura, pero Margarita se refugia al lado de Fausto.)
 MAR. Defendédme, señor.

FAUS. Que teneis, bella niña? (*á Mefistófeles.*) Dete neos, jóven.

MEF. (*con respeto*) Perdonadme, sabio doctor, y vos tambien, señorita... (Ya los tengo frente á frente; no se me escaparán!) (*se marcha por la derecha, después de haberlos saludado otra vez.*)

ESCENA IV.

FAUSTO Y MARGARITA.

MAR. Gracias por vuestra proteccion, caballero.

FAUS. Eso no las mercede.

MAR. Tenia ese hombre un no sé qué de siniestro, que me hacia daño!

FAUS. Os ha asustado?

MAR. Sí; al contrario que vos, á cuyo lado me encuentro perfectamente. Con qua así, os repito las gracias, y con vuestro permiso...

FAUS. Os vais ya?... Por qué abandonarme tan pronto?...

MAR. Teneis algo que decirme?

FAUS. (*después de una ligera pausa.*) Sí

MAR. Hablad.

FAUS. Cómo os llamais?

MAR. Margarita.

FAUS. Teneis parientes?

MAR. Nada más que una madre, que ya me estará esperando.

FAUS. Para qué?

MAR. Como somos pobres, y mi madre es anciana, tengo necesidad de ocuparme en las faenas de la casa.

FAUS. No teneis criada?

MAR. No señor, somos pobres; mi padre nos dejó al morir la casita en que vivimos. Y mi hermano Valentin sirve en uno de los tercios de Italia; por manera que tengo que hacer todas las cosas de la casa, para aliviar á mi madre del trabajo.

FAUS. Sois un ángel!

MAR. Nada de eso, no soy nada más que una pobre jóven, cuyo lenguaje os hará sonreír de lastima.

FAUS. Hay en la pureza de vuestra mirada, en la casta belleza de vuestro semblante, un encanto tan irresistible que parece que Dios ha reunido en vos todas las dones más preciosas. Se os vé y se os admira! Habéis y se os ama! (*Durante estas últimas palabras Margarita se ha cubierto con las manos.*)

MAR. Ah! Continúa, continúa!

FAUS. Por qué ocultais el rostro?

MAR. Porque lo que me decís creí haberlo escuchado en mis sueños!

FAUS. En vuestro sueño!

MAR. Y cierto los ojos para encontrar las ficciones del que me hablaba así; no veía su rostro, pero su voz era la misma!

FAUS. Era mi voz? .

MAR. Sí; y ahora veo que sus ojos eran los mismos que los vuestros, y todo, todo se parecía á vos.

FAUS. Qué decís?

MAR. Que se os parecía completamente.

FAUS. (*con alegría.*) De vocas?

MAR. Pero era más jóven!

FAUS. (*con tristeza.*) Mis jóven!

MAR. Teneis algun hijo?

FAUS. (*con dolor.*) Un hijo!

MAR. Su duda habrá sido él á quien he visto en mi sueño!

FAUS. (*Estoy loco!... O'vialaba mis años!*) Adios (*llevándola de la mano hacia la izquierda*); no quiero deteneros más.

MAR. Adios, señor; pero teneis un hijo, no es verdad?

FAUS. Adios, hija mia, adios (*vase Margarita por la derecha.*)

ESCENA V.

FAUSTO, después MEFISTÓFELES.

FAUS. (*mirándola tristemente*) Un hijo!... Es decir, que me auarais si fuese jóven?...

MEF. (*saliendo por la izquierda.*) Qué quieros, Maestro?

FAUS. Eres tú? . Pues bien, quiero la juventud.

MEF. La juventud y el amor?... Sígueme.

FAUS. Dónde?

MEF. A la selva negra.

FAUS. Vamos allá.

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO TERCERO,

Un sitio ruinoso en medio de la selva negra. En el centro una gran caverna, en la que hay una chimenea con fuego muy vivo. El teatro está débilmente iluminado.

ESCENA PRIMERA.

SULFURINA en traje de hechicera, y sus compañeras lo mismo, danzán y bailan alrededor de la hoguera.

Coro.

Bailamos hijas
de Satanis,
que al fin la noche
comienza ya;
pronto el inferno
presa tendrá,
que el doctor Fausto
nuestro será.

(*Después del coro desaparecen todos, á la entrada de Wagner y Cascaciruelas.*)

ESCENA II.

VAGNER y CASCACIRUELAS, en su estado natural.

CAS. Dónde estamos, señor?

VAG. Lo sé yo acaso? Pregúntaselo á mi esclava, que es la que nos ha traído hasta aquí.

CAS. Tirando yo de aquel maldito coche, y moléndome las costillas á palos!

VAG. Quién habia de creer, Cascaciruelitas de mi alma, que te hubieses convertido en burro?

CAS. (*mirando á tolas partes*) Sibis, maestro, que no me parece este sitio de muy buen agüero?

VAG. Cilla, cállate; crees tú que hay nada en el mundo que pueda asustarte? (*en este momento una porcion de murciélagos rodean á los dos, batiendo sus alas y dando saltos.*)

CAS. Ayl!... Ayl!... Señor... qué es esto?

VAG. No... no... lo... sé... (*temblando.*)

CAS. Calla! Pues si son murciélagos!... Buenas noches, señores!... Señor Wagner, mirad, que grandecitos son!...

US MURCIÉLAGO. Cilla, imbécil!... (*con voz bronca.*)

CAS. (*dando un salto.*) Ave-maria purissima!... (*á los murciélagos.*) Señores, no hay que incomodarse!...

Ustedas dispensen; creí que hablaba con unos pájaros. (*desaparecen los murciélagos.*) Qué teneis, señor; tembláis?... Pues qué se ha hecho de vuestro valor?...

Mirad, mirad, que aumentitas tan lindas! (*mirando á tolos lados*) Toma, pues ya se han ido! Qué poco atentos son! (*dos sombras cruzan por las raínas de la derecha.*)

VAG. Cas... Cas... Cascaciruelas... mi... ra. (*señalándoselas.*)

CAS. Uff... (*volviéndose vivamente.*) Temblais, señor!...
 VAG. Qué he de temblar!... Pues... si me... tú... tú...
 si que tiemblos...
 CAS. Es verdad!
 VAG. (*viendo tres sombras que cruzan por el fondo.*)
 Ah!...
 CAS. Oh!...
 VAG. Esto es... ho... rri... ble...
 CAS. (*poniéndose á sus espaldas.*) Ho... rri... ble!...
 (*haciendo el mismo juego y cambiando de puesto.*)
 VAG. Mira... mi... ra...
 CAS. Maestro, no tembleis!...
 VAG. Si son los... los nervios!... (*entran otras som-
 bras.*)
 CAS. Se... ñor... señor...
 VAG. Cas... ca... ciruelas!...
 CAS. Mirad... mirad... á la... derecha...
 VAG. Mira... mira... á la... izquierda. (*las sombras los
 rodean.*)
 CAS. Ay!... ay!... ay!...
 VAG. No... no grites!...
 SLL. (*saliendo y poniendo la mano á Vagner en el
 hombro.*) Quien es el atrevido que se atreve á alterar
 el silencio de mi pacífica morada?
 VAG. En vuestra... casa!...
 CAS. Y... quién... sois vos?...
 SLL. La dueña de esta caverna.
 CAS. Teneis... una... habitacion poco apetecible!...
 VAG. Y un modo tan extraño de anunciarnos...
 SLL. Vosotros sois unos cobardes; os conozco hace
 tiempo!
 VAG. De veras?... Entonces, podreis decirnos qué
 objeto nos ha traído nuestra esclava á este sitio.
 SLL. Porque podais serle útil á vuestro maestro, que va
 á venir.
 VAG. El doctor Fausto?
 SLL. Si; viene á que yo le descarge del peso de algunos
 años.
 VAG. Quiere rejuvenecerse?
 CAS. Y eso es posible?
 SLL. Nada hay imposible para la ciencia, y los años que
 al doctor le quite, irán á parar á otro.
 VAG. Y quién será ese desgraciado?
 SLL. (*bajo á Vagner*) Tu compañero.
 CAS. Y á quién vais á endosar ese regalo?
 SLL. (*bajo á Cascaciruelas*) Al que viene contigo.
 VAG. (*Pobre Cascaciruelas!*)
 CAS. (*Qué feo estará el Sr. Vagner!*)
 SLL. Ea, manos á la obra. (*agita la vara que lleva en
 la mano, y multitud de gatos y de monos la ro-
 dean.*)
 VAG. Qué clase de avechuchos son estos?
 SLL. Ésos son mis servidores.
 CAS. Vaya una sociedad decente.
 SLL. Necesito unos cuantos haces de leña. (*á Casca-
 ciruelas y Vagner*) Id á buscarlos.
 VAG. En seguida; van, mi pobre Cascaciruelitas: no
 hay cosa mas efimera que la juventud y la belleza.
 CAS. Teneis razon; un buen corazon vale mas que todos
 esos encantos!
 VAG. (*Se conforma; mas vale así!*)
 CAS. (*Pobre señor! Qué resignacion!*)
 VAG. Hasta luego.
 CAS. Adios, bellissima señora (*vase por el fondo.*)
 SLL. A trabajar, hijas mias. Nuestro dueño se acerca.
 (*gran movimiento; en una caldera grande, se echan
 unas yervas que menean una de las hechiceras.*)

ESCENA III.

DICHAS, FAUSTO y HECHICERAS.

MEF. (*en el fondo*) Por aquí (*los monos y los gatos se
 acercan á Mefistofeles y despues se retiran junto
 á la chimenea.*)
 FAUS. (*entrando*) Ya estoy aquí!... (*todos se inclinan.*)
 Estas ruinas!...
 MEF. Es donde habita mi amiga la hechicera.
 FAUS. Y no podias haber preparado por tí mismo ese
 brebaje?
 MEF. No, hubiera necesitado mucho tiempo, y el diablo
 no está para perderle en frusterias. Acércate, hechi-
 cera.
 SLL. Espero tus órdenes.
 MEF. Traza alrededor de Fausto el círculo del gran
 mágico Merlin; pronuncia las palabras cabalísticas, y
 dale una copa de tu elixir.
 SLL. Fausto, acércate.
 FAUS. (*avanzando hasta donde está ella, que es en el
 centro de la escena*) Aquí me tienes.
 SLL. Toma y bebe. (*Fausto toma la copa y al acer-
 carla á sus labios se detiene indeciso.*)
 MEF. Qué tienes?... Quieres alejar de tí los hielos de la
 vejez y retrocedes ante el fuego de la juventud?
 FAUS. Tienes razon; aun cuando esta copa contenga la
 muerte, la beberé de un solo tregio. (*bebe; cambio gen-
 eral; la caverna se transforma en jardines encan-
 tados; las hechiceras se convierten en ninfas; todo
 respira juventud; Fausto, rejuvenecido tambien, se
 pasea con entusiasmo; Vagner y Cascaciruelas que
 han envejecido, salen y se contemplan riéndose el
 uno de el otro.*)
 FAUS. Oh!... gracias, juventud; gracias, hechicera;
 venga el amor, vengan los placeres (*las ninfas le
 rodean*) Venid, adas de la primavera de la vida; ven-
 id y escanciadme vuestros mas exquisitos deleites.
 VAG. (*Pobre Cascaciruelas, qué cara tan rara tiene!*)
 CAS. (*Pobre Sr. Vagner; lo menos tiene cien años!*) (*dos
 ninfas, con unos espejos aceros, se les presentan;
 ellos se miran, dan un grito, y caen al suelo.*)
 SLL. Hijas de la primavera, ninfas de los bosques encan-
 tados del Eden, sátiros de las selvas, unid la armonía
 de vuestros acentos á los de la naturaleza; cantad.

CORO.

Resuene el bosque con nuestro acento,
 rasguen los aires sus armonías,
 que cual las rosas es nuestro aliento,
 puro y suave como las brisas.

Plácido y bello
 es nuestro rostro;
 del año somos
 dulce estacion;
 somos las flores
 de la existencia,
 somos encanto
 del corazon.

Resuene el bosque etc. etc.

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

El teatro representa á la izquierda el jardin de Margarita, con una
 escalana en primer término, practicable, y la puerta de la casa que dé
 frente al público. La cerca estará dividiendo el teatro, de forma que
 quede un espacio suficiente para estar los actores. La parte de la de-
 recha es calle, con un a puerta de iglesia al fondo: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA *está dormida apoyada en el cerco de la ventana*; MEFISTOFELES y SULFURINA *en traje de aldeana, entran por la derecha.*

MEF. Te he hecho tomar la forma de Marta, vecina de Margarita, para que puedas pervertirla mejor. Tenemos que luchar contra un ángel que arranca dos almas á nuestro imperio. Fausto y Margarita, esos dos nombres, que habreis escuchado siempre, como de dos seres destinados al cielo, son necesarios á Satanás. Tú, que poses en mas alto grado los poderes infernales, te atreves á derrotar al angel de su guarda?

SUL. Sí.

MEF. Grande es la empresa, y mayores sus dificultades; pero tu génio lo superará todo.

SUL. Por qué no te has valido de Fausto?

MEF. Porque la mujer es áhura, como cuando se creó el mundo, la mejor tentacion.

SUL. Permittid, amo mio; la primera tentadora fué la serpiente.

MEF. Sí, pero su discípula ha aprendido tan bien sus lecciones, que la ha superado. Las mujeres tienen el poder de seducir, de engañar y de perder á quien quieren. Esa es la causa de que en el dia no hablen las serpientes. Yo perderé á Fausto, é inficionaré el aire que respiren, para que esos dos seres sientan sus malfélicos efectos.

SUL. Cómo haré para seducir á Margarita?

MEF. Toma, aquí tienes con qué fascinarla *(la da un cofrecito.)*

SUL. *(abriendo la caja)* Qué lindas joyas!

MEF. Entra, que va á despertar.

SUL. Por dónde?

MEF. *(señalando al muro, que manifiesta franca la entrada, la cual vuelve á cerrarse)* Ahí tienes por donde... Vé, nada tengo que decirte *(desaparece por el fondo.)*

ESCENA II.

MARGARITA, SULFURINA..

MAR. *(abriendo los ojos, y viendo á Sulfurina que parece absorta, contemplando las joyas)* Vecina, qué haceis ahí?

SUL. Estoy admirando el regalo que os envían.

MAR. A mí?.. Estais cierta?

SUL. Ya lo creo! Amiga mia, sois digna de envidia.

MAR. No os comprendo.

SUL. *(Ya cae en la red!)* Serás obedecido, amo mio!

MAR. *(tomando la caja y viéndola)* Qué son?.. Ah, joyas! Qué adorno tan magnífico.

SUL. Un bizarro caballero me ha suplicado que os las entregase de su parte.

MAR. Sí, pero yo no debo aceptarlas!

SUL. Por qué? Si supiéreis con cuánto enternecimiento me ha pedido que os las diese? Creo que si no las aceptais, causareis su desgracia! *(poniéndola el aderezo)* Vnid, á ver qué tal os sienta?

MAR. *(resistiendo)* No, no, dejadme.

SUL. No seas así!.. Si es únicamente por ver qué tal estais con él *(se lo pone)* Oh, qué hermosa estais!

MAR. Sí, pero yo que soy tan pobre, cómo quereis que me presente en la ciudad con un regalo como ese? Además, si lo vé mi madre..

SUL. Yo me encargo de convencerla. Primero os paneis una cadena, despues una sortija, y así, poco á poco, se irá acostumbrando á veros con ellas; además, que ya encontraremos un medio..

MAR. Pero qué juzgará ese caballero?

SUL. Que su amor no os ofende.

MAR. Su amor!... Tomad, ya no las quiero *(se quita las joyas, y se las da.)*

ESCENA III.

DICHAS, MEFISTOFELES y FAUSTO *que entran por la derecha, y se asoman á la ventana de Margarita.*

SUL. Mirad, ahí le teneis.

MAR. *(viendo á Fausto y dando un grito)* Ah!

FAUS. Os causa miedo mi presencia?

MAR. Sí.

FAUS. Por qué?

MAR. Porque me parece que no es la primera vez que os veo. *(Ah! sí, en mi hermoso sueño.)*

MEF. *(á Fausto)* Recuerda el sueño que la he enviado.

FAUS. *(á Margarita)* Y no recordais!..

MAR. Sí, ayer he encontrado un anciano que se os parece tanto!

FAUS. Sí, ese anciano era...

MEF. Era su padre. *(se acerca á la ventana, y Margarita se retira asustada.)*

FAUS. Qué teneis?... Por qué os alejais?

MAR. *(señalando á Mefistofeles)* Es ese caballero amigo vuestro?

FAUS. Es mi compañero.

MAR. Me dá miedo!

MEF. *(riendo)* Miedot ahí! ahí! ahí!..

MAR. *(bajo a Fausto)* Me hace temblar su presencia.

FAUS. Por qué, querida mia?

MAR. Su mirada es tan mala! Parece que lleva escrito en su frente, qué es incapaz de amar á nadie.

FAUS. *(bajo)* Es el presentimiento de un ángel. *(á Mefistofeles)* Alejate.

MEF. *(bajo)* Obedezco, amo mio; pero el amor que os devoto hará mis veces. *(Fausto coge la mano de Margarita.)*

MAR. *(mirando alejarse á Mefistofeles)* Ah! respirol!

FAUS. No temais.

MAR. Decidme, era vuestro padre quien me protegió y defendió ayer?

FAUS. Sí, despues me hizo tales elogios de vos, que he deseado veros, nu perdonando medio alguno para encontraros. Soy tan feliz con haberlo conseguido!

MAR. Por qué?

FAUS. Porque las palabras de mi padre despertaron en mí un sentimiento que desconocia.

MAR. Pues qué os ha dicho?

FAUS. Me hizo una pintura de vuestras gracias, de vuestros cabellos, como los de una virgen, de vuestro talle; y despues vuestras manos tan blancas, tan delicadas! Oh! qué manos! *(las besa.)*

MAR. Pero si no me ha visto mas que un corto momento!

FAUS. Sí, pero basta un solo instante para admirar la pureza de vuestra mirada, y vuestro sencillo candor é inocencia; Margarita, sois un ángel!

MAR. Me confundís!

FAUS. Si vuestra belleza ha conmovido el corazon de un anciano, con qué fuego no se abrasará el mio al contemplaros? Margarita, yo os amo!

MAR. *(asustada)* Dios mio, qué decís?

FAUS. Ahu cuando es ahora la primer vez que os veo, hace mucho tiempo que sois el objeto de mi pensamiento y de mi sueño! *(la besa la mano.)*

MAR. *(Ah! no sé lo que siento! Sus palabras hacen palpar mi corazon de dicha y de temor! Soy tan feliz á su lado! Quisiera alejarme y no me atrevo!)* Perdónadme, parece que estoy loca. *(se oye una carcajada)*

de Mefistófeles Margarita asustada esclama) Dios mio! . . . es risa...

FAUS. Será un compañero que se distrae con alguna labradora.

MAR. Tengo miedo!

FAUS. Cálmate, angel mio.

MAR. (turbada) Tengo miedo! . . . y luego, es tan tarde! . . .

Adios. (á Sulfurina) Retirémonos, vecina.

FAUS. Cómo os vais?

SUL. No podrián entrar á descansar en vuestra casa?

MAR. Tanta gente! Imposible! Qué diría mi madre? (á Fausto) Adios, hasta mañana.

FAUS. Mañana? . . . Oh! es un siglo para mí, que quiero vivir y morir á tu lado! Por qué no quieres que te vea antes?

MAR. Imposible! Mi madre cierra todas las puertas...

MEF. Tome, se sienta por la cerca del jardín! Poneis una luz en esta reja para indicarle cuando pueda sa tar, y entonces . . . Me parece que mi consejo...

MAR. Tiene que ser muy malo! (á Fausto) Adios!

FAUS. Aguárdate la señal! . . .
MAR. No, no; adios! (se retira al interior de la casa, seguida de Sulfurina)

ESCENA III

MEFISTOFELÉS, FAUSTO, despues SULFURINA.

MEF. Bien maestro; os ha encontrado sublime en la seducción

FAUS. Te equivocas; esto que tú crees seducción, es el amor (vienen al centro del teatro)

MEF. De qué amor me hablas? Hay tantos! . . .

FAUS. Del que siento por Margarita; de ese amor puro, divino! No debes de conocerle, porque únicamente los hombres lo conocen

MEF. Puede ser; he ahí una mujer cuyo yngo te será muy dulce.

FAUS. Margarita es un ángel, á quien haré mi esposa.

MEF. Segun eso, quieres romper nuestras relaciones?

FAUS. Sí.

MEF. Conque quieres una mujer, y tres ó cuatro chiquillos, que formen á tu lado un círculo divino de oraciones y de canticos! . . . Una mujer y unos niños; es decir, los placeres del hogar doméstico, y la bendición celestial! . . .

FAUS. Y por qué no?

MEF. (No sucederá así!)

FAUS. (que está junto á la ventana de Margarita) En qué piensa!

MEF. En lo que acabas de decirme... Pobre maestro! Yo que solo te ofrecia el amor de algunas semanas, me encuentro con que quieres consagrarle toda tu vida. . . Vamos, sigue mis consejos, y gusta los amores y los placeres.

FAUS. No los quiero!

MEF. Ven conmigo á Italia, al país de las mujeres apasionadas y vengativas; á Inglaterra, nation de las rubias y sentimentales; ó á Francia, donde se crían las rubias y las morenas, las apasionadas y las sentimentales, las inocentes y las coquetas.

FAUS. Tal vez te hubiese seguido, si Margarita, menos casta y menos pura, me hubiera concedido la cita que la he pedido...

MEF. Ah! (tiende el brazo hácia la ventana) De manera, que si vienes la señal...

FAUS. Te seguiría mañana (hace una señal Mefistófeles, y se ve brillar una luz en la ventana de Margarita)

MEF. Sea (mostrando á Fausto la luz). Mira, Margarita te espera.

FAUS. Margarita! . . .

MEF. (Gracias, luego fatuo!) Ya tienes la señal, y solo te falta la puerta (la ventana se abre por medio de los hierros, dejando franca y espedita una entrada al jardín á la altura de un hombre). Ah! tienes la entrada, corre, vuela.

FAUS. (despues de sostener una lucha en su interior) Ea, fuera escrupulos; ella es hermosa, y yo la amo. (entra por la ventana y desaparece; aquella vuelve á su ser; el dia va apareciendo)

MEF. (Mañana vendras conmigo á Italia!)

SUL. (por detrás del jardín, en el fondo). Y bien, qué tenemos de nuevo?

MEF. Ya está en el cuarto de Margarita

SUL. Qué dices?

MEF. H-y el amor, mañana nos celos y despues el crimen! . . . Esu es la vida... Sulfurina, te necesito.

SUL. Qué queréis que haga?

MEF. Si es bella, ser mi ser, y acordarte que eres hija del infierno. Vas á partir para Italia; allí, entre las mas lindas cortesanas formarás tu corte, y enl quecerás á todos con tus galas y tu belleza; quiero perder á Fausto y Valentín, el há mano de Margarita, y que se encuentren al frente al otro; quiero que ambos me pertenezcan.

SUL. Seréis obedecido, maestro (vanse foro izquierda)

ESCENA IV.

JÓVEN 1.^o y 2.^o, aleaean por la derecha abajo, y despues MARGARITA por la puerta de la casa; va actuando el dia progresivamente.

JÓV. 1.^o Vamos, que aun no han abierto la iglesia.

JÓV. 2.^o Y Margarita, qué se ha hecho?... Estará durmiendo?... Ella, que siempre ha sido la primera en despertarnos! . . . (llamando á su puerta) Eh? Margarita, perezosa, deja la cama pronto! (llamando.)

MAR. (saliendo del jardín, cuya puerta abre, y luego cierra) Aquí me tenéis, amigas mías; he pasado tan mala noche! . . .

JÓV. 1.^o Será esa la razon, de no haberte levantado como de costumbre? Eres una perezosa; va nos pronto, á la iglesia.

MAR. No habéis tan recio, que estamos junto al templo del Señor.

JÓV. 2.^o Si, ya han abierto sus puertas.

JÓV. 1.^o Oye, Liseta, no sabes lo que pasa?

JÓV. 2.^o Si no la cuentas tú! . . .

JÓV. 1.^o Y tú, Margarita?

MAR. (triste y distraída) El qué?

JÓV. 1.^o Que Gidulda, la que se ruborizaba cuando la decían un chicoleo los hombres, se está divirtiendo con un hombre, con un caballerete, que la regala joyas, trages, y la prepara una magnífica carrozal

MAR. (turbada) Tambien ella!

JÓV. 2.^o Eso va delia esperarse tarde ó temprano; su afición al lujo, á los placeres, á los amorfos; y de esto á las citas vergonzosas, no hay mas que un solo paso.

MAR. (con dolor) Dios mio!

JÓV. 1.^o Ha llegado á tanto el escándalo, que todas las jóvenes rehúsan su compañía, y van á marcar su casa con el signo de la deshonra.

MAR. Desgraciada jóven!

JÓV. 1.^o Te cometas de ella? Tú, cuyos principios severos de virtud...

MAR. Y sabemos acaso bajo qué mafios habrá la desgraciada sucumbido?

JÓV. 1.^o Sean cuales fueren, debió mantenerse firme en el camino de la virtud...

JÓV. 2.^o Calla tú, habladora! . . . Tiene razon Margarita,

esa es mucha severidad, para una pobre criatura, arrastrada al precipicio.

JÓV. 1.^a Y por qué no se ha sostenido sin caer?

JÓV. 2.^a Es cierto! Primero se admiten los obsequios por vanidad, y luego por costumbre; toma en ellos parte el corazón, y la virtud se adormece! Al despertar del ensueño, se vé una sola, abandonada por aquel de quien se creía amada, y con el abandono viene el dolor, la miseria y la vergüenza!... Vamos, venid, hermanas mías, pediremos á Dios por esas pobres mujeres (*entran en la iglesia*)

ESCENA V.

MARGARITA sollozando.

MAR. Oh! tienen razon, asi es como todas acaban! Ese es el fin que me depara la suerte!... Virgen santísima, derramad (*se arrodilla*) una micada de compasion sobre mí!... Tened piedad del inmenso dolor que destroza mi alma, y del sufrimiento que tortura mi corazón! Salvad mi alma, madre mía; de rodillas os lo suplico! Salvadme de la vergüenza y de la muerte! (*sigue llorando.*)

ESCENA VI

Dicha y MEFISTÓFELES.

MEF. (*por escotillon, ó la derecha abajo*) Desde el fondo de la Italia, á donde he conducido á Fausto, he percibido un perfume de arrepentimiento, y lo he abandonado por un momento, á los halagos y caricias de las mas bellas cortesanas de Nápoles, y he atravesado la distancia que me separaba de Weimar... Es Margarita la que ruga! La lucha está aquí; donde llora el pobre ángel caído!... (*contemplándola*) De qué te servirá estar defendida por los ángeles, si yo tambien tengo mis legiones.

MAR. (*levantándose*) Qué significa lo que por mí pasa? Dios mio! no puedo rogar... no puedo suplicaros!

MEF. Ni suplicarás!

MAR. (*agitada*) No sé lo que tengo... estoy temblando! Apenas encuentre palabras para explicar el arrepentimiento de mi alma!

MEF. Que sucumba, que muera de espanto, antes que su arrepentimiento pueda llegar hasta Dios! (*se oye una música fúnebre en la iglesia.*)

MAR. (*aterrada*) Qué significan esos lúgubres acentos?

MEF. Margarita? (*llamándola.*)

MAR. Qué me llama! (*mirando á su alrededor, y no viendo á nadie.*)

MEF. Tus ojos no me verán nunca.

MAR. No veo á nadie! Será acaso la voz de mi conciencia?

MEF. Si, ella es quien te grita. No busques la paz, renuncia á toda esperanza de salvacion, porque Dios aparta de ti su misericordia.

MAR. Qué escucho!

MEF. No quedan para ti mas que dolores!

MAR. (*con dolor creciente*) Estoy perdida!

MEF. Dónde está la inocencia de tu alma? Dónde se esconde aquella virtud tan alta, tan sin piedad para con las pobres criaturas que cambiaban de camino?... Tú que sabes conocer á los que marchan por la senda del Señor, y á los que llevan en su frente el sello de los réprobos, descendiendo hasta el fondo de tu conciencia, y júzgate á ti misma!

MAR. Oh! esta voz... esta voz!

MEF. No sientes sobre tu frente el sello de la vergüenza!

MAR. Ah! (*dando un grito y llevándose la mano al corazón; despues permanece inmóvil.*)

MEF. Escucha; la cólera de Dios brama sobre tu cabeza, y el sepulcro se abre, donde tu crimen conducirá á tu madre!

MAR. Mi madre!... No, no puede ser!... Qué horrible pesadilla!... Estos acentos lúgubres me enloquecen!

MEF. Esos sonidos son por los fuerales de tu hermano, á quien matará tu vergüenza!

MAR. Me ahogo!... Me ahogo!... Aire, Dios mio, aire!

MEF. El aire y la luz se ocultarán para tí; pero tu deshonra no la podrás ocultar á nadie!

MAR. Yo me muero! Socorro... socorro! (*cae desmayada*)

MEF. Esta presa es mia! Ahora corramos al otro! (*desaparece por escotillon; las jóvenes salen de la iglesia. ven á Margarita, la rodean y se la llevan.*)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

El teatro representa un jardín con vistas al mar, cruzando todo el escenario una balaustrada; macetas y flores por todas partes, y á la derecha, la entrada de un pabellon; á la izquierda la de otro; en el fondo un emparrado.

ESCENA PRIMERA.

VAGNER con una librea de criado, y CASCABELEAS, rejuvenecidos otra vez.

CAS. Qué feliz soy, señor Vagner!

VAG. De veras?

CAS. Ya lo creo; verme jóven otra vez, disfrutar de los encantos de este delicioso clima!

VAG. Seguramente, que vernos otra vez jóvenes, es un placer inmenso.

CAS. Y quien ha operado esa metamorfosis?

VAG. Yo.

CAS. Vos?

VAG. Con el auxilio de la hechicera; son misterios de la alta ciencia, que no acertais á comprender los mameucos.

CAS. Eso es otra cosa! No hay que enfadarse, señor maestro.

VAG. La buena de la hechicera, cediendo á los ruegos del señor Fausto y á los míos, ha satisfecho los deseos de tantos imbéciles que dicen:—Quien tuviera un año mas!—Ojalá hubiese llegado el mes que viene!—Ya quisiera que hubiesen pasado ocho dias!... y dando á unos cuatro, á otros ocho, nos ha quitado esos años de encima, para dárseles á ellos; en términos, que si llega á satisfacer los deseos de todos, nos hubiera dejado en la edad en que andábamos á gatas.

CAS. Ha hecho bien en contenerse á tiempo, pues lo que es yo, me encuentro muy bien así.

VAG. Y yo lo mismo.

CAS. Con cuanto alegría se respira bajo este cielo de Italia.

VAG. Hece tiempo que tenia deseos de visitar el país de los macarrones; y luego, como tambien mi esclava ha concebido ese capricho!...

CAS. (*con ironía*) Pobre señor!

VAG. Qué!

CAS. Nada, nada.

VAG. Pensé que...

CAS. (*con ironía.*) Cuán buena y obediente es vuestra esclava!

VAG. Verdad que sí?

CAS. Quereis que os hable con franqueza, señor Vagner?
Yo creo que nos ha engañado.

VAG. Quién?

CAS. El vendedor de palomas.

VAG. Qué vendedor?

CAS. Al que le compré la hiel que echamos en la mistura para formar vuestra esclava.

VAG. Sí, ya me acuerdo.

CAS. Juraría que en vez de darnos la hiel de una paloma, nos vendió la de un tigre, una hiena, un basilisco, ó la de algun elefante

VAG. Estás en tu juicio! Sulfurina es adorable, y cuantos en Italia tienen la dicha de besar sus piés, dicen otro tanto.

CAS. Decidme, maestro, por qué ha cambiado su nombre?

VAG. Por ser mas poético; Olimpia, al fin y al cabo es nombre italiano, y en esto no ha hecho mas que seguir la moda. Pero lo que me admira y no acierto á comprender, es cómo se ha compuesto para hacer en poco tiempo tanto dinero, de forma que se encuentra ahora completamente rica.

CAS. Qué cosas teneis, maestro!

VAG. Creolo, hombre; ahora posee ricas alhajas, magníficas haciendas, y Fausto, el famoso doctor Fausto, está perdidamente enamorado de ella! Qué mayor homenaje podría tributarse á mi ingenio!

CAS. Ya lo creo; y decidme, por quién de tantos adoradores como se postran á sus piés, palpita ese corazon de tórtola que yo introduje en la redoma?

VAG. Por quién quieres que sea, aprendiz de fuelle? Por mí!

CAS. Por vos! Ave-Maria purisímal

VAG. Sí, por mí, por mí! Tanto me adora, que no puede pasarse sin mí; cuando sale á paseo, hace que yo la siga á alguna distancia, llevando su quita-sol, su capa y su perrito. Ayer, sin ir mas lejos, me pidió con una cachoneria que la limpiase los zapatos, que se me caia la hiel de gusto.

CAS. Y los limpiásteis?

VAG. Vaya si se los limpié, y los vestidos tambien! Dime, cuando come, no se empeña en que esté...

CAS. Detrás de ella.

VAG. Pues, detrás de su asiento, para mudarle los platos y llevarle las copas, y... en fin soy su...

CAS. Su criado.

VAG. Su criado!... Has visto acaso amos que obedezcan, como ella me obedece á mí, cuando yo mando?

CAS. Entonces, qué significa ese traje que llevas?

VAG. Ha sido un capricho suyo; me ha pedido que llevase un vestido todo galoneado.

CAS. Sí, una librea; vamos, está visto que sois el criado de vuestra esclava.

VAG. Calla, desgraciado; respeta mi debilidad!... Mis ilusiones!... Si sup érás cuánto la amo!...

CAS. Válgate Dios! No hubiese sido mejor, que en vez de depositar vue-tro amor en ese marinacho, lo hubieses depositado en cualquier otra cosa? En alguna flor, por ejemplo?... Mirad, señor Vagner, estas son muy bonitas! (va á cojer una flor al tiempo que sale de detrás del rosca un murcielago que le sigue por toda la escena volando, y luego desaparece.) (corriendo) Ay! ay! qué avestruz es este? (tropieza con una maceta, y cae al suelo.)

VAG. Parecer cosa de brujería! Qué haces ahí, imbécil?

CAS. (levantándose) Qué susto he pasado!

VAG. Tal vez estaria escondido...

CAS. Sí, dentro de la rosa!

VAG. Cuándo vendrá mi querida Olimpia! Tengo tantas ganas de verla!...

CAS. Y yo, de me verla!...

VAG. Desgraciado, no te burles así de mi amor!

CAS. Quien habia de decir que un sábio, como decís que sois, habia de estar tan en ruteido!

VAG. (amenazándole) Casaciruelas! Yo amo, yo adoro, yo idolatro á mi querida Olimpia!...

CAS. Y yo, señor Vagner, aloro á un pavo asado ó á una azuela de pichones con lomo; mejor que su amor, prefiero esas hermosas uvas. (señalando la parra.)

VAG. Calla, pedazo de borrico! No comprendes los éxta-de un corazon enamorado!

CAS. Primero comprendo los de mi estómago (coge una silla, se sube, y se agarra á un racimo de uvas. La silla en que está subido desaparece, y se queda colgado del racimo) Ay! ay!... que me caigo!...

VAG. Qué has hecho?

CAS. Venid, querido amo mio, socorredme, que voy á romperme una costilla! (Vagner, que está junto á la pared del pabellon, vá á acudir al socorro de Casaciruelas, pero una mano descomunal le agarra por los cabellos y le levanta en alto.)

VAG. Válganme los cuernos de la luna!... Uf! . qué dolor! (Casaciruelas cae al suelo tirando del racimo, y tanto este como la mano, desaparecen.)

CAS. (levantándose) Ay mis riñones!...

VAG. Ay mis cabellos!... Qué horrible suplicio!

ESCENA II.

Los mismos, FAUSTO.

FAUS. Ha venido Olimpia?
VAG. (Mi rival!)

CAS. Ah! no, maestro.

VAG. Qué, habeis olvidado á Margarita?

FAUS. (con emocio) Margarita!... Una niña cándida y pura, cuyo corazon era tan frio como nuestra Alemania!... No, no era ella la que podia iniciarme en esa ardiente pasion que soñaba mi alma; en esas alegrías, esos dolores, esas luchas terribles del amor ardiente, que son nuestra vida!

CAS. Y ha sido la señorita Olimpia quien ha realizado vuestros sueños?...

FAUS. Sí, solamente desde que la vi, he comprendido que vivia! Hay en la energia de su espíritu, en la estraña vibración de su acanto, en el sombrío destello de sus ojos, alguna cosa que me fascina y su'yuga completamente; lo que esperimento al lado de Olimpia, es el vértigo del delirio, de la locura!... Y aspiro con entusiasmo las brisas embalsamadas de Sorrento, que enervan mi corazon; el perfume de las flores, que embriaga mis sentidos, el sol de la anti-gua Partenope, que vivifica mi alma; y admiro el fuego del Vesubio, que hace circular mi ardiente sangre entre las venas; y todo esto es el amor, el amor fogoso, desconocido por mí hasta el dia; el amor que se ha apoderado de todo mi ser, y que me arroja loco, delirante á los piés de Olimpia (movimiento de furor de Vagner.)

VAG. Oh! ..

FAUS. Qué es eso?

VAG. Sabéis una cosa, señor Fausto?

FAUS. Qué?

VAG. Que no sois el dueño absoluto de esa belleza.

FAUS. Hablas acaso por Valentin?

VAG. (Qué, tambien Valentin? . Entonces somos tres!)

FAUS. Un pobre oficial de fortuna; un aventurero!...

CAS. No os fieis en eso; las mujeres aman mucho las aventuras, y aun mas á los aventureros!

FAUS. Se atrevería á disputarmela?

- FAUS. Es capaz de todo. (hagan os que se enfaden.)
 VAL. Adá lo vere mos.
 VAG. (á Cascaciruclas) Así, así, Dios quiera que se mate!
 CAS. Aquí viene la señorita Olimpia con el caballero Valentin.
 FAUS. (Siempre Valentin)
 SUL. (apareciendo) Vagner, traed sillas. ¿Hebeis oído?
 VAG. Sí, esclavita mia.
 CAS. (Sirá un día el que manden los esclavos á los amos? (á Vagner)
 VAG. (S lencio imbécil; sígueme (vanse)
 CAS. (Cuando no tiene con quien pegar, pega conmigo)

ESCENA III

FAUSTO, SULFURINA, VALENTIN, MEFISTÓFELES.

- SUL. (con un ramo de flores en la mano.) Fausto, os buscaba
 FAUS. Os habeis dignado apercebidos de mi ausencia?
 Creo que los obsequios del capitán Valentin...
 SUL. Lo habeis adivinado; al capitán le encuentro hoy súbitamente galante
 VAL. Sí, ama a esta señora, y si vos la amais, declarémonos una guerra franca y leal.
 FAUS. Una guerra?
 MEF. Y por qué no? No es la hermosa Olimpia un premio enviable para el vencedor?
 FAUS. Lo creéis así, señora? (dirigiéndose á Olimpia)
 SUL. Sí, amigo mio. No-otras tenemos tambien nuestras adoraciones sin límites, y como en tiempo del paganismo, tenemos tambien nuestros aduladores.
 MEF. Es verdad; los poetas cantaban á las antiguas cortesanas, como se canta hoy á las modernas, y como las celebrará el porvenir. Soy un poco licencioso, y me atrevo á predecir, que llegará un día, un que los escritores mis amigos, explotarán la vida íntima de esas desgraciadas, y espondrán á los ojos del mundo las flagelzas de sus almas heridas. Tratan de rehabilitarlas, vindicarán á esas criaturas sin vergüenza, reviviendo sus miserias de un vivo interés, y la multitud llorará semejantes dolores, como si fueran un martirio y no un castigo.

- VAL. Pero ese será un mal?
 SUL. Que no seremos nosotros quien lo floree.
 MEF. Ni vos-otros, ni yo! (con intencion.)
 SUL. Y la virtud, qué dirá?
 MEF. Oh! la virtud es muy bella; se la mira, pero con mirada seca y fria! Creéis que no contribuye muchísimo á desmoralizar nuestra sociedad, esa continua sed de lojo, y ese prurito por salir de su correspondiente esfera eclipsando con su fausto y su boato á los deuses? Ved, observad á las clases medias, y las vereis insultar y ofuscar con sus trenes á los notables y á los potentados. Cuantas mujeres de la clase del pueblo, queriendo imitar tan pernicioso ejemplo, no han hecho un comercio de las gracias que les dispensó naturaleza, siendo el ludibrio y el pasatiempo de poderosos Crossos, que á trunque de satisfacer sus lúbricos caprichos, no les arredra ban inmolrar una víctima, y conducirla tal vez al precipicio? El mal ejemplo continua, y un alma perdida no tiene otro deseo que arrastrar con su caída á cuantos seres se encuentran á su paso.

- FAUS. Os engañais; la verdadera virtud no se estravía; resiste los halagos y las seducciones, y evita esos cálculos y esos desfalecimientos; sabe que una vez abandonada la senda del bien, le será difícil encontrar de nuevo su camino. Inalterable y fuerte, tiene, respecto de sí misma, la confianza de su fuerza. Esas de

quien habláis, son virtudes equivocadas, que buscan el peligro, que gritan muy alto, y que desean se les presente la ocasion para caer.

- VAL. En verdad, señor Fausto, que no habláis cual un jóven fogoso y enamorado!

- UL. Mas bien pareceis un viejo filósofo.
 FAUS. Creéis sea el amor de un viejo el que os ofrezca?
 SUL. No; os he visto ejecutar por mi cuantas locuras puede hacer la juventud.
 FAUS. Y vos, Valentin?
 VAL. No teniendo mas que mi corazon, mi espada y mi vida, todo lo he puesto á los pies de esta señora.
 FAUS. (á Sulfurina) Qué decís vos?
 SUL. (con coquetaria) Que eso es menos... y es mas.
 MEF. (La cosa marcha.)

FAUS. Tan poco ignorais que os he ofrecido mil veces arriegar mi vida por vos.

- SUL. (idem) Ya lo sé; pero se espresa con tanta gracia!...
 FAUS. Que queréis decir? (con enojo.)

SUL. Que hay en su acento una sinceridad infantil, que en vano busco en vos; é mi ama con todas las ilusiones de un niño, al paso que vuestro amor es mas reflexivo, mas severo. Se diria que vuestro corazon es mas anciano que vos mismo.

- FAUS. (Siempre este pasado maldito que me persigue por todas partes! El se entrevé en mi alma al través de la juventud de mi mirad!)
 MEF. (Olvida tu sabiduria, y serás jóven!)

FAUS. (viendo á Olimpia que descansa su brazo sobre el hombro de Valentin) Olimpia, no hagis que me desesperé; ved que los celos torturan mi corazon, la cólera hace hervir mi sangre!

- VAL. (levantándose) Cuidado, señor Fausto; ya que su amor me pertenece, jamás consentiré!... (echa mano á la espada)

FAUS. Capitán!... (idem)
 SUL. (levantándose.) Deteneos... (á Valentin.) os lo suplico! Para que ambos ovideis vuestras querellas, voy á contaros una aventura, la cual aconteció aquí, hará mil cuatrocientos años.

- VAL. Aquí?
 SUL. Sí, no os hablo de la hermosa ciudad en que estamos, sino de la antigua morada de mi abuela Daphne, enterrada bajo nuestros piés.

VAL. Aquí!
 MEF. Sí, bajo Resina, yace toda una ciudad; Herculano, sepultada por la lava del Vesubio.

SUL. Mi abuela tenia cual yo, dos amantes; el uno, era filósofo, como vos (á Fausto) y el otro un centurion, un militar como Valentin. Mi abuela estaba indecisa entre sus adoradores, porque sabia que ambos la amaban con igual pasión. No sabiendo á quién dar la preferencia, concibió la idea de dejar á la suerte la solucion de tan extraño problema, y un día que se encontraban los tres reunidos, empezó por jugar, como yo, con el ramo que tenia en sus manos; deja caer entre los dos rivales el ramo, y se aleja de allí diciendo: que el vencedor me le traiga, pues mi corazon será el premio de su donuelo y usada. (se aleja algunos pasos, y vuelve) No creéis, como yo, que mi abuela Daphne debió ser una mala mujer! (deja caer negligentemente su ramo, y se retira por la derecha.)

- MEF. (bajándose para recoger el ramo) Qué buen corazon! Tan indignada estaba con el recuerdo de su abuela, que no se apercebí de que dejaba caer su ramo.

FAUS. y VAL. Deteneos!
 MEF. Yo? Pres entones, encargaros vosotros de devolverle. (sale Mefistófeles.)

ó luchas del bien y del mal.

ESCENA IV.

FAUSTO y VALENTIN; los dos quieren coger el ramo; se miran, y echan mano á las espadas.

FAUS. Quiero ese ramo.

VAL. Y yo deseo poseerle.

FAUS. Entonces... (saca la espada.)

VAL. (saca la suya) Un momento, señor Fausto.

FAUS. Qué quieres?

VAL. Habeis nacido en Alemania?

FAUS. Sí, en Neumar.

VAL. Y yo tambien; diez y seis años hace falto de allí, de donde salí soldado y ahora vuelvo capitán; creéis que habré cumplido con mi deber delante del enemigo? (signo afirmativo de Fausto.) En todo este tiempo, he teno do tres ó cuatro duelos, y mi mano jamás temió; pero hoy que me bató con un compatriota, siento en mi alma como un remordimiento. Quien sabe si nuestras casas estarán juntas! Si cuando niños habremos tenido unos mismos juegos, y nuestras madres habrán obrado juntas en la iglesia? Creéis, pues, caballero, que me bataré con el que nos batamos?

FAUS. Como yo quisiera.

VAL. Amáis á Olimpia?

FAUS. Sí.

VAL. Estáis dispuesto á sacrificar vuestra vida por obtener ese ramo?

FAUS. Sí.

VAL. Teneis madre?

FAUS. No, mi madre ha muerto.

VAL. Y hermana?

FAUS. Soy solo en el mundo.

VAL. Solo!... Yo tengo una madre y una hermana á quienes hace muchos años que no abrazo. Volvia de cumplir mis compromisos en Calabria, cuando ví la belleza de Olimpia, y me detuve. Este amor me hizo olvidar los cabellos blancos de la anciana, y las infantiles caricias de la hermana de mi corazón! Ahora bien, si yo dejo en vuestro poder el ramo, y me ausento, me juzgareis un cobarde?

FAUS. No, creere que vuestro corazón vale algo mas que el mio.

VAL. (dando el ramo á Fausto) Tomadle, y sed feliz.

FAUS. Gracias! (abrazándole) Cuánto os debo!

VAL. Seremos amigos? (presentándole la mano.)

FAUS. Seremos mas; seremos hermanos! (estrechándose.)

VAL. Adios; corro en busca de mi madre y de Margarita

FAUS. Os veré antes de vuestra partida?

VAL. Sí, hasta la vista (sale por el fondo.)

ESCENA V.

FAUSTO, despues SLEFURINA, á poco MEFISTÓFELES.

FAUS. Valiente jóven! Cuan feliz soy en no haber obtenido el amor de Olimpia por un crimen!

SCL. (apareciendo; Fausto la presenta el ramo) Mi ramo!... Y Valentin?

FAUS. Va á partir.

SCL. A partir!...

FAUS. Y vos, mas feliz que vuestra abuela, no seréis culpable de la muerte de un hombre!

SCL. (con indiferencia) Ya lo veo! Acaso merezco el que mi guño os ponga su vida por mí?

FAUS. (con un poco de crueldad) Un recuerdo santo y piadoso ha desarmado nuestros brazos, Olimpia.

SCL. Si, los hombres son muy piadosos en ciertas ocasiones! (oyese á lo lejos un canto provincial alemán; Mefistófeles aparece á la derecha.) No ois ese canto?

Son algunas jóvenes alemanas que vienen en peregrinación.

MEF. (á Olimpia) (Y Margarita está con ellas.)

SCL. Qué, no correis por ver á las jóvenes de vuestro país?

FAUS. Acaso me importan nada? Solo tú ocupas mi corazón, Olimpia; solo tu amor deseo; ¡ámame!

SCL. Que os ama? Sí, Fausto; ¡drezco amaras.

FAUS. Olimpia, no te burlearás de mi amor; ¡o escarmentará mi dolor! (posturándose á sus pies.)

MEF. (aparte por el fondo) Ven, Margarita, ven.

FAUS. Cuan feliz soy! Olimpia, no puedes comprender cuánto te adoro! Esas flores que te he dado, las hubiera comprado á costa de mi sangre! Que un acento de amor se escape de tus labios! ¡d me que me amas!

MEF. (Margarita, mirale á sus pies!)

SCL. (viendo á Margarita.) Seguid, seguid; no sabéis cuánto me encanta el oírse hablar.

MAR. Esa voz!... (se vuelve, y ve á Fausto.)

FAUS. Angel de mis amores, tú serás mi dicha, mi felicidad!

MAR. (arroja un grito.) Ah!

SCL. Es á tí, ó á esa mujer á quien hablais de amor? (Mefistófeles y Sulfurina sueltan una carcajada, y desaparecen señalando á Fausto y Margarita.)

FAUS. Margarita!... el infierno cargue con vosotros!

ESCENA VI.

FAUSTO, MARGARITA.

MAR. Fausto, eres tú el que veo á los pies de otra mujer? (Valentin aparece por donde se fue, y escucha.)

FAUS. (abrumado.) Margarita! Sí, acúsame, maldícame!... Es un amor culpable, criminal, el que siento por esa mujer; ya lo sé; pero que no puedo arrancarle de mi corazón!... (quiere irse.)

MAR. Vas á abandonarme de nuevo! Infeliz, no sabes cuánto padezco!

FAUS. Margarita déjame que la hable por última vez, y despues; te juro que volveré á tí lado.

MAR. (deteniéndole.) No, no, detente; corre á tu perdición!

FAUS. Déjame, Margarita!

MAR. No; mi madre es quien te aconseja en estos momentos; mi madre quien te hable; mi madre, que ha muerto bajo el peso de mi deshonra!

VAL. (apareciendo.) Muerta!...

FAUS. Déjame, te digo!...

ESCENA VII.

Los mismos, VALENTIN.

FAUS. (viendo á Valentin.) Valentin!

MAR. El! Mi her...!

VAL. (Calla! Por la memoria de nuestra madre, te prohibo recordarme.) Fausto, ya no volveréis á la presencia de Olimpia; os lo prohibo.

FAUS. Será tal vez porque la amas, falso amigo! Con que tu generosidad era mentada! Olimpia será de uno de los dos; en guardia, en guardia! (tira de la espada.)

VAL. No creas que temblará mi mano! En guardia! (á Margarita, que se interpone) Quitad, voy á vengar á nuestra madre! (se baten.)

MAR. (de rodillas) Dios mio! Dios mio! Cuan desgraciada soy!...

ESCENA VIII.

Los mismos, MEFISTÓFELES.

MEF. (*apareciendo.*) Valor, Fausto, valor; el capitán es diestro en la esgrima, pero tenéis al diablo en vuestro favor. (*Detiene con su espada la de Valentin, en tanto que Fausto le dá una estocada, y cae herido al suelo.*)

VAL. Ah! (*cae.*)

MAR. (*se arrodilla á sus pies.*) Valentin! Valentin!

FAUS. Margarita, qué significa?...

VAL. Nada de lágrimas, Margarita; cuando te separaste de la senda del honor, causaste mi desgracia; ahora el sueño de la muerte va á conducirme ante la presencia de Dios, y al lado de mi madre; he cumplido mi deber... Adiós. (*muere.*)

MAR. (*abrazando su cadáver.*) Hermano, hermano mío!

FAUS. (*arrancándose los cabellos*) Su hermano!... Miserable de mí, qué he hecho!... Margarita... Valentin, ambos sois mis víctimas!... Quién me hará olvidar los remordimientos de mi corazón?...

MEF. Yo.

FAUS. Tú! Me abandono á ti; sálvame del presente, que me horroriza!

MEF. Ya no recordarás sino el pasado. (*Has comenzado por la seducción, y el asesinato terminó su obra.*)

MAR. Fausto, detente; dónde vas?... (*quertendo detenerle.*)

FAUS. (*á Margarita.*) Quién eres, que no te conozco?

MAR. Soy la mujer á quien has amado y seducido, y cuyo corazón has lacerado con el más acerbo dolor!...

Por qué me olvidaste, Fausto?... Soy tu Margarita!

FAUS. Margarita! (*recorriendo.*) Margarita!... (*á Mefistófeles.*) No recuerdolo!...

MEF. (*Me has pedido el olvido, y te lo he concedido.*)

FAUS. Ese nombre no escita en mi imaginación niugun recuerdo... pero despierta en mi oízen cierto remordimiento doloroso, que en vano intento alejar!

MAR. (*llorando.*) Fausto, vuelve en tí!

FAUS. Tu voz conmueve á mi corazón, y tus lágrimas me hacen llorar!... Por más que interpele á mi memoria, no creo reconozerte

MAR. (*viendo á Mefistófeles.*) (Tú aquí, génio del mal! No importa; lucharemos, y confío en vencerte con el auxilio de Dios!)

FAUS. (*como recordando.*) Si... Creo haberte visto en otra parte... mas no sé dónde!

MAR. Fausto, pensad en el Dios que adora vuestra madre, y vereis cuán dulces recuerdos vienen á vuestra memoria!

FAUS. No, no hay otra adoración y culto, que el de la belleza!... (*á Mefistófeles*) Tú me prometiste las riquezas; quiero ver si con ellas consigo rescatar mi alma!

MAR. Al contrario, Fausto: ellas no harán más que acelerar tu ruina; píle á Dios perdón, y verás cómo te salvas!

MEF. Ven conmigo, maestro, y serán satisfechos tus deseos... Gloria, riqueza, amor... todo lo tendrás con ellas... El presente no es nada para ti; qué te importa el porvenir? Marchemos.

FAUS. Sí, marchemos. (*vánse.*)

MAR. Dios mío, detene! sus pasos! Si es necesaria mi felicidad eterna para su salvación, sufra yo, con tal que él no padezca. (*cae de rodillas suplicando al cielo*)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

El teatro representa una plaza pública en la India, con multitud de pagodas y pagodas; á la izquierda, en primer término, la entrada de un palacio.

ESCENA PRIMERA.

VAGNER, CASCACIRUELAS é indios de ambos sexos. Vagner y Cascaciruelas vienen en unos magníficos palanquines, que traen en hombros varios indios.

VAG. (*biñendo del palanquin*) Poco á poco, amiguitos; poco á poco, que estoy muy delicado.

CAS. (*haciendo lo propio.*) Pues y yo? Estoy tan molido, como si me hubiesen dadó una paliza!

VAG. Ahora, muchuchos, podeis marcharos si gustais.

CAS. (*dándoles una bolsa con dinero*) Toma!, reparafios el contenido de esa bolsa, que os damos en nombre del gran Maharadja. (*se inclinan y salen por el fondo.*)

ESCENA II.

VAGNER y CASCACIRUELAS.

VAG. Maharadja! Hé aquí al señor Fausto soberano de este país, y á mi su admínistrador.

CAS. Y yo, qué soy?

VAG. Tú? Eres... el administrador del administrador.

CAS. Qué ganga nos ha confiado el señor Fausto! Nada menos que el hacer felices á cuantos encontremos en nuestro camino.

VAG. Si; pero el caso es, que á nosotros se dirijen las bendiciones de los que socorremos; bastantes hemos recibido por hoy, y no nos vendrá mal charlar un rato con mi hermosa esclava.

CAS. Si haceis eso, me marchó.

VAG. Por qué?

CAS. Si he de deciros la verdad, porque me fastidia y me...

VAG. Qué necio eres! Está tan cambiada, que ya no la conocerías; en el día es amable, dócil, complaciente...

CAS. Qué me decís?... Vamos, es imposible!

VAG. Así como lo digo; figúrate, que en el día hace todo cuanto le mando!

CAS. Quién lo diría!

VAG. Dónde andará?

ESCENA III.

DICHOS, SELFURINA.

SUL. Aquí me tenéis (*por la derecha.*)

VAG. Qué felicidad! (*con severidad.*) No os había mandado que no os separáseis de este palacio?

SUL. Si; pero yo tuve por conveniente marcharme á otra parte.

VAG. Eul!

CAS. (*Vaya una docilidad! Tómate esa y vuelve por otra!*)

VAG. (*Estúpido! Si es que ha obedecido á lo que yo tenía intención de mandarla!*)

CAS. (*Si, ya comprendo... imbécil!*)

VAG. Y dónde has estado, hijita?

SUL. Donde no es importa.

CAS. (*Toma, toma, toma!*)

VAG. (*Majadero, si es justamente donde yo queria enviarla!*) Ahora te quedarás en mi compañía.

SUL. No señor,

VAG. Por qué?

SUL. Porque no me acomoda. (*ocultándole la espalda.*)
 CAS. Qué manista está vuestra esclava!...
 SUL. (*a Cascaciruelas*) Has cumplido las órdenes del señor Fausto?
 CAS. Cómo se entiende!...
 SUL. (*apretándole un brazo.*) Que si has cumplido las órdenes que te dió?
 CAS. Vaya unos humos! No parece sino que yo soy su amor!
 VAG. Calla, Cascaciruelas! Vamos, Sulfurinita, no tengas tan mal genio! Mira, pichoncita, nosotros hemos ejecutado cuanto nos ordenó el doctor Fausto
 CAS. Como que hemos dado mil monedas de oro ó cada uno de los zapateros, herreros, carpinteros, panaderos y todos los acabados en eros.
 SUL. Bien, muy bien.
 VAG. Y yo á los sastres, modistas y peluqueros, les he creado una renta, capaz de no morir de hambre, ellos y sus familias; todos son felices; suspiraban por la nivelacion de fortunas, y en lo sucesivo nada tendrán que desear.
 CAS. Nos hemos convertido en filántropos!
 VAG. Sus bendiciones nos acompañan por todas partes.
 SUL. Basta, habeis cumplido con vuestro deber!

ESCENA IV.

Los mismos, y FAUSTO seguido de indios.

TODOS. Viva el Maharadja, viva.
 FAUS. Basta, hijos míos, basta.
 CAS. Viva Maharadja.
 FAUS. Silencio le dicho.
 VAG. Cualquiera, al veros, diria que vuestra señoría estaba irritado con sus servidores.
 FAUS. Sois unos imbéciles! Habeis muerto el trabajo, enriqueciendo á todo el mundo! El oro ha ahogado con su peso la fuerza, la energía y el valor! Habeis deshonrado las riquezas!
 CAS. Deshonrado!
 FAUS. En lo sucesivo, siendo todos ricos, quien querrá trabajar, quien labrar la tierra? Los habeis perdido miserablemente (*voces y gritos dentro.*) Qué es eso?
 SUL. El Maharadja vuestro vecino, que viene á visitarnos.
 FAUS. Sí, para el cual habia ordenado una fiesta, con objeto de recibirle; pero como ya son ricos mis vasallos, me han desobedecido.

ESCENA V.

Los mismos, MEFISTÓFELES en traje de maharadja, apoyado en dos esclavos, y seguido de algunos otros.

MEF. Salud y felicidad, poderoso maharadja de estos estados (*se inclina.*)
 FAUS. Perdone vuestra señoría si... (*mirándole.*) Calla, eres tú?
 MEF. Si, pero no os apureis, si para recibirme no habeis tenido preparados los banquetes y fiestas de ordenanza; tengo entre mis esclavos gente que nos diviertan.
 FAUS. Tus esclavos?
 MEF. Sí, me siguen á alguna distancia, y no tardarán.
 FAUS. Qué me quieres?
 MEF. Verte (*bajando la voz, los demás se alejan*) y preguntarte qué uso has hecho de las riquezas, y si con ellas has conseguido rehabilitar tu vida pasada.
 FAUS. Despejad (*todos se marchan.*)

ESCENA VI.

MEFISTÓFELES, FAUSTO.

MEF. Qué vas á decirme?

FAUS. Que me has engañado.
 MEF. Engañado!
 FAUS. Sí, porque te pedí riquezas, á las cuales ninguno las pudiese igualar, para derramar el bien por todas partes.
 MEF. Y no te las he dado?
 FAUS. No; hay otra persona cuyas riquezas superan á las mías.
 MEF. Y quién es esa?
 FAUS. Una mujer.
 MEF. Cómo se llama?
 FAUS. El pueblo la apellida la Santa.
 MEF. Entonces nada tiene de particular el que no la conozcas; bien sabes que no acostumbró á tratarme con esa gente.
 FAUS. Cuando quiero socorrer á un desgraciado, sus limosnas me han precedido; su nombre circula por todas partes, y sus beneficios se cuentan de boca en boca, y siempre es á ella á la que se bendice; esa caridad que rebaja la mía, me molesta y contraría...
 MEF. A tu orgullo.
 FAUS. Sea á mi orgullo; pero es el orgullo del bien, no el que á tí te arrojó del cielo.
 MEF. Por el cual, tampoco á tí te se abrirán sus puertas.
 FAUS. Quiero ser el solo que haga las limosnas.
 MEF. Justo; quieres tener el derecho de hacer tú solo las limosnas, á la manera que los gobiernos el de monopolizar ciertos artículos.
 FAUS. Calla. (*se oyen voces y gritos*)
 VAG. (*entrando.*) Señor, todos aquellos á quienes habeis dispensado beneficios, desean veros, aun cuando un poco bruscamente.
 MEF. Ahora, al menos, tendrás el consuelo de oír pronunciar solo tu nombre.

ESCENA VII.

Dichos, gente del pueblo y guardias.

FAUS. Qué queréis? A qué vienen esos gritos?
 INDIO 1.º Señor, los servidores á quien habeis dado el encargo de repartir vuestras limosnas, lo han hecho sin orden ni concierto.
 FAUS. Ya lo sé, y procuraré hacer que se remedien vuestras culpas. Teneis más que decirme?
 INDIO 2.º El oro que habeis repartido, ha sembrado entre nosotros la desesperacion y la desgracia.
 FAUS. (*con cólera.*) Yo!... Explicaos.
 INDIO 3.º Tomad vuestro dinero; (*dándole una bolsa.*) él ha arrojado de mi casa la paz, la dicha, y hasta la ternura conyugal; ha sembrado entre mis hijos la cólera y el odio.
 INDIO 2.º Vuestro oro ha turbado mi espíritu, y enervado mi corazón; rico sin haberlo adquirido con el fruto de mi trabajo, he caído en la pereza y en el vicio; abandoné á mi mujer, y mi mujer ha muerto! He aquí los beneficios del oro que vos me disteis! (*arroja el dinero con desesperacion.*)
 FAUS. (*fuera de sí.*) Con que por cada beneficio que os he dispensado, solo obtengo de vosotros una maldicion! (*á Mefistófeles que ric.*) Sí, teneis razon, ese oro estaba maldito! (*á una mujer que tiene un niño en los brazos.*) Y vos, buena mujer, teneis algun dolor, alguna muerte, ó quizás una desesperacion que echarme en cara?
 INDIA. No señor; únicamente vengo á daros las gracias.
 FAUS. Cómo?
 INDIA. Quisisteis socorrerme, y...
 FAUS. En efecto, os reconozco, pobre mujer; vos sois á quien un incendio destruyó su cabaña, y consumió todos los aperos de la labranza; para colmo de des-

gracias, vuestro hijo se moría, y no tenéis un techo en que albergarle; por qué habéis tardado tanto en pedirme lo que necesitáis para reparar vuestra desgracia?

INDIA. Porque otra persona se encargó de socorrernos.

FAUS. (con admiración.) Otra persona!

MEF. (con ironía.) Sí, la santa.

FAUS. Qué hizo, pues?

INDIA. He pasado junto á la cabecera de mi hijo días de fatiga, y muchos de insomnio y de desesperación; el pobre niño no sabía hablar, pero ella adivinaba sus menores pensamientos; lloraba conmigo y pedía á Dios para que me le devolviese á la vida. Oh! Y el cielo ha oído sus plegarias! (abrazando al niño.) Hijo de mi corazón!

FAUS. Esa mujer?...

INDIA. L! con ceis? (con deseo.)

MEF. Es la santa no os lo he dicho ya! (con ironía.)

FAUS. Bien, pero vuestra cabaña...

INDIA. Se construyó otra vez.

FAUS. Se á rica esa mujer?...

INDIA. Qué, no señor, si es tan pobre como nosotros!

FAUS. Pues entonces...

INDIA. Gracias á sus súplicas, todos los vecinos vinieron en mi ayuda; unos traían maderas, otros piedras, y en pocos días construyeron una cabaña, mucho más grande que la anterior. Volvió á pedir, y al momento llenaron mi vivienda de muebles y de utensilios para la labranza. Ella es pobre, monseñor, pero la riqueza renace en su camino, y la caridad la acompaña á todas partes.

FAUS. (con dolor.) Es pobre, y en todas partes se vé la huella de sus beneficios! Consuela los corazones, en tanto que el mio no reporta sino frutos amargos! (á los guardias.) Yo quiero ver á esa mujer... Que la busquen por todas partes... Consuela á mi palacio.

INDIA. No vedrá, monseñor.

FAUS. Y si yo lo mando?

INDIA. Juntos entra sino en la morada del pobre.

FAUS. Pues yo enriqueceré á los que me la conduzcan á la fuerza; vamos, quien me obedece? (muchos indios se marchan corriendo por distintos lados.)

MEF. Magnífico maestro; eso se llama echar mano de la fuerza bruta (ruido de música e instrumentos chinos.) Pero aquí se acerca mi gente (á los indios que llegan.) Venid, hijos míos, distraednos con vuestras danzas; primero el placer... luego la caridad (bale al estido oriental; concluido este, se oyen grandes voces y ruido dentro.)

VOCS. Gloria á la santa! Viva la santa!

MEF. Se cumplieron tus deseos, maestro; la vas á conocer.

FAUS. Sí, ya está allí.

ESCENA VIII

Dichos, MARGARITA cubierta con un velo, conduida por los indios; á la vista de Margarita se arrodillan los indios.

FAUS. Quén sois vos, que os atrevéis á ejercer la caridad en mis estados? (Margarita se alza el velo, y Fausto la reconoce.) Cielos, Margarita!

MEF. (con desprecio.) Procuraré no estorbarte, amigo Fausto; te dejo con tu ángel... Haz por averiguar su secreto.

FAUS. Vete, maldito; adiós!

MEF. No me digas nunca esa palabra; entre el hombre y el diablo, debe decirse siempre: basta la vista y todos. Gloria á la santa, viva la santa!

FAUS. Ven á mi palacio, Margarita. (entran en el.)
[Voces. Viva nuestro Maharaja.]

FIN DEL CUADRO SESTO.

CUADRO SÉTIMO.

El palacio de Fausto, con todo cuanto el lujo indio puede inventar de más suntuoso.

ESCENA PRIMERA.

CASCACIRUELA, solo.

CAS. Qué vida, señor, qué vida! Está visto, que el dinero no dá la felicidad! Hace poco que llegó el doctor Fausto conduciendo de la mano á una tapada, y por cierto que el rostro de su señoría tenía un tanto de taciturno y sombrío. Nadie se acerca á nosotros, sino es por el vil interés! Además, siempre estoy hecho un zarandillo, entre el señor Wagner y el monstruo de Sulfurina...

SUL. (dentro.) Gracia!

CAS. Qué enojo por ahí?

SUL. (saliento.) Soy yo, señor Cascaciruelas, y tengo el mayor placer en tributaros las gracias por vuestro recuerdo.

ESCENA II.

Dicho y SULFURINA.

CAS. Cómo! Sois vos?

SUL. Sí, y os he escuchado y visto que no me amais.

CAS. Qué no os amo?

SUL. (con tristeza.) Y que no pensáis más que en odiarme! (Te aseguro que me las pagarás!) Cuán desgraciada soy! Ji, ji, ji!

CAS. Esclavita, por todos los santos del cielo, os pido que no os allyais!

SUL. Bien conozco que tengo demasiados defectos; pero la falta no es mía sino del que me ha creado. (Llora.)

CAS. (Cáspita, y tiene razón!) Llorais, hermosa mía?

SUL. Sí, lloro por lo imperfecta que me hicieron; aun cuando de qué me serviría ser un modelo de perfección, si el señor Wagner es tan feo!...

CAS. Cierto.

SUL. Tan poco espiritual...

CAS. Ciérrisimo.

SUL. Si á lo menos fuese jóven como vos...

CAS. (No me tutea!)

SUL. Amable, cariñoso...

CAS. (Con qué gracia lo dice!)

SUL. (acercándosele con ternura) Si fuese tan espiritual como yo!...

CAS. Ah! Sulfurinita de mi corazón!... Monona!

SUL. Tendría un placer en obederte.

CAS. Juntos os diría sus cosas agradables.

SUL. (con coquetería) Que pagaría con usura!

CAS. Tú, turo tu tu! (Vamos, yo me pongo malo!)

SUL. Pero como me aborrecéis...

CAS. No.

SUL. Sí, os he oído hace poco.

CAS. No yemecita acaramelada, no te odio; al contrario, estoy hecho por tus gracias todo un animal.

SUL. Si me atreviese á creeros!...

CAS. Vamos, dime la verdad, picloncita; te gusto?

SUL. (suspirando) Ay! demasiado!

CAS. Pues bien, yo te amo con todo mi corazón, y esas expresiones que me oíste son hijas de mis celos, del amor, del frenesí que por tí experimento.

SUL. (con alegría) De veras?
 CAS. De veras.
 SUL. (con dolor) Pero cómo no soy libre...
 CAS. Cierito; y cómo librarle del poder de Wagner, que aparenta tener muy larga vida?
 SUL. Sin embargo, no depende mas que de un cabello.
 CAS. De un cabello!
 SUL. Sí, un cable lo blanco que tiene sobre la frente; si se le arranca-se, perderá la vida.
 CAS. Y me amarías entonces?
 SUL. Lo mismo que ahora.
 CAS. Entonces, me enseñás ese cabello, y verás cómo...
 SUL. Silencio, aquí viene.

ESCENA III.

Dichos y WAGNER.

VAG. Uf! qué cansado vengo; pronto, un banco. (se le trae Cascacruelas.)
 CAS. Aquí le teneis.
 VAG. Tomad esa espada (dándosela.)
 SUL. Démela V., señor (tomandola.)
 VAG. Cómo, me sirves tú, Sulfurina?
 SUL. No soy vuestra esclava?
 VAG. Sí, pero como otras veces era yo... No es cierto, Cascacruelas?
 CAS. Sí señor, pero en el día está muy cambiada.
 VAG. Qué valor tengo!
 SUL. (haciéndole aire con un abanico de pluma.) Yo os haré aire, q' erido amo.
 VAG. Gracias, hijita mía.
 CAS. (Su hijo! Barf!) Voy á limpiaros el sudor de la frente, maestro (lo hace)
 VAG. Gracias, amigo mio; veo que sois los dos mis fieles servidores.
 CAS. (pasándole un pañuelo por la frente) (Ella criada suya! Lo sera por poco tiempo) (agarrando un cabello á Wagner.) Caramba, y qué cana tan blanca teneis, maestro!
 VAG. Una cana! Arráncamela.
 CAS. Deseáis que os la arranque?
 VAG. Sí.
 CAS. Pues allá vá. (empieza á tirar, y el cabello se vá alargando y enrosando cada vez mas.)
 VAG. Q' e haces, Cascacruelas?
 CAS. (asustado) Tirar, maestro, tirar!
 VAG. Y no sale?
 CAS. Sí, sale y enzordá!
 VAG. Ay! ay! ay! no tires mas que me rompes el cráneo!
 CAS. Socorro, socorro! (vanse por la derecha.)
 SUL. Al cabo me he vengado de ese necio! Si tu alma no esta perdida, se encuentra en camino de ello.

ESCENA V.

Dicha, FAUSTO y despues MARGARITA.

FAUS. Solo!... Siempre solo!... Esta desconfianza que abrigo en mi alma, de cuantos me rodean, es un martirio para mi corazón. (á Sulfurina) Dónde está Margarita?
 SUL. Allí, siempre rezando.
 FAUS. La he suplido que me volviese á mi pasado, y ha rehusado mis súplicas! Si pudiese obtener su perdón! (hace un signo á Sulfurina para que se vaya, la cual se retira, y Margarita aparece.)
 MAR. Qué derecho teneis para retenerme contra mi voluntad en vuestro palacio?
 FAUS. Margarita, aun puedes salvar mi alma!

MAR. Os engañais, Fausto; solo de vos depende vuestra salvacion.

FAUS. No me abandonos; ten piedad de mí!
 MAR. De Dios es de quien la debeis implorar.

FAUS. Escucha, Margarita; devuélveme tu corazón que he laceado, y te consagrare mi vida, mi alma!

MAR. Y me devolvereis á mi madre, que murió de vergüenza por vuestra falta?

FAUS. Margarita!
 MAR. Dareis la vida á mi hermano, á quien disteis muerte?

FAUS. Margarita, tu alma es buena, y en tu corazón se anida la caridad! Soy desgraciado, y tú no anhelas sino encontrar seres infelices á quienes socorrer y proteger!... Amame, y disfrutarás de unos tesoros.

MAR. Cuya procedencia es impura!

FAUS. Apídate de mis lágrimas y dolores, y guárdate de irritar mi corazón con tus desprecios! Si deseñas mi amor, no derrames en mi pecho la amargura de tus palabras... no despiertes mi cólera!

MAR. Creéis acaso que temo vuestras amenazas?

FAUS. Implacable, siempre implacable! No sabes que mantengo en estos sitios mis caprichos, y que todos acatan el menor de mis caprichos?

MAR. Insensato! Y crees que hay poder en la tierra capaz de doblegar la fé que me anima?

FAUS. Pues quién te presta ese valor?

MAR. El cielo!

FAUS. El cielo! (con sarcasmo) El cielo no escuchará nunca mis plegarias!

MAR. No blasfemes, Fausto! Dios siempre atiende al pecador, cuando de veras le pide; supírale tú ahora.

FAUS. El inferno será quien se cumle mis mandatos.

MAR. Calla, Calla! (cubriéndose rostro con las manos.)

FAUS. Supuesto que no accedes á lo que te pido, apelaré á su poder,

MAR. Fausto, por piedad! (queriendo arrojarse á sus piés.)

FAUS. Me amarás? (cogiéndola de un brazo.)

MAR. Nunca! (con energia y procurando desahirse.)

FAUS. Pues bien; á mí, espíritus impuros, venid; yo os invoco (se oye un ruido de truenos y relámpagos, y una gritería infernal, quedando á oscuras el teatro.)

ESCENA V.

Dichos y MEFISTÓFELES por un escotillon.

MEF. Aquí me tienes, qué deseas?

MAR. Fausto, vuelves á abandonarme otra vez? Nada te dice que bajo las facciones del ángel de tus primeros amores se oculta el ángel de tu guarda? (sus vestidos de mujer desaparecen, y queda en los de un ángel.)

FAUS. Tú!

MAR. Por intentar tu salvacion, he tomado las facciones de Margarita y te he seguido á todas partes. Adios; no sigas las sugestiones del enemigo de tu eterna felicidad; euda tu alma! (vase.)

FAUS. Pero ella, dónde está?

MEF. Quieres saber? Margarita, abandonada y perdida por tí, se ha vuelto loca, y ha dado muerte á su hijo.

FAUS. Gran Dios!

MEF. Concluida á prision, y juzgada por sus jueces, va á morir en un patibulo.

FAUS. Maldición sobre tí, monstruo! Necesito que la salves.

MEF. A qué precio, maestro?

FAUS. Toma mi vida, toma mi alma si la deseas, pero sálvala.

MEF. Tu alma, cuando ya la tengo en mi poder!... No importa, marchemos (*desaparecen por un escotillon.*)
El teatro se cambia en una oscura prision; al fondo está recostada Margarita sobre un poco de paja.

ESCENA VI.

MARGARITA, FAUSTO y MEFISTÓFELES.

FAUS. Aquí es donde la infeliz, parece y sufre las consecuencias de una falta que no es suya! Miserable de tí, que me alejaste de ella, dejándola abandonada á la vergüenza y la miseria!

MEF. Es acaso la primera?

FAUS. Calla, maldito! Te sobrias al solo pensamiento de que la pobre Margarita sufra la suerte de tantas desgraciadas!

MEF. Has concluido?

FAUS. Por qué me asocié á semejante compañero de oprobio!

MEF. Deliras, maestro.

FAUS. Te comprometes á salvarla?

MEF. Mi poder no llega á tanto; he adormecido á sus carceiros y de-corrilo los cerrojos de su prision, pero no me es posible destruir vuestras leyes; los caballos están prevenidos, tú harás lo demás.

MAR. (*en sueño.*) Morir!... Morir!

FAUS. Calla, que se despierta; vete.

MEF. Decíde-la á seguirte; si no acepta, duda de su salvacion (*vase.*)

ASCENA VII.

FAUSTO, MARGARITA que está loca.

MAR. (*despertando y mirando á todos lados.*) Venis ya á buscarme?... No os compadece mi desgracia?

FAUS. Pobre Margarita!

MAR. Margarita!... Quién ha pronunciado ese nombre?

En otro tiempo, yo conocí á una Margarita, tan pura y buena como su corazón, el cual estaba lleno de afecciones santas!... su madre y su hermano la amaban; pero vino Fausto,... Fausto, que se apoderó de su corazón, y su madre y hermano murieron!... Su alma, devorada por la amargura, se remontó al cielo, y la pobre Margarita murió también!...

FAUS. Oh! cuán infame he sido! Pero, y tu hijo!...

MAR. Mi hijo!... Un hermoso niño!... Oye. Un día estaba con él á orillas del lago, aguardando á ver si venia su padre... Su padre no venia!... En tanto, mi hijo jugaba entre los juncos y e padañas de la orilla, y se sonreía mirando al agua... De repente sale de entre las ondas otro ángel, que también se sonreía con mi niño... Mi hijo le tendió los brazos, y el ángel se los tendió también... Creí entonces que Dios me le pedía, y le dejé caer dulcemente en los brazos de su ángel... Se abrieron las aguas del lago, y después se cerraron para siempre!... El ángel se llevó á mi hijo, y Dios aun no me le ha devuelto.

FAUS. No, Margarita, no has sido tú, ha sido mi abandono quien ha muerto á tu hijo

MAR. Calla!... He creído escuchar la voz de su padre... (*como escuchando*)

FAUS. Infeliz! Si pudiese reconocerte, yo la salvaria!

MAR. Sí, no me engañes... (*con alegría.*) Es su voz... es su voz!

FAUS. Sí, yo soy, que siempre te amo, y que quiero salvarte!

MAR. Es él... sí, es él! Gracias, Dios mio!... Cuán feliz soy! Ya no sufro!... Desaparecieron mis lágrimas y mis penas!... Todo, todo lo olvidé!... Estás á mi lado... Nada temo!

FAUS. Ven, Margarita, sígueme.

MAR. Dónde?... Espera, no te vayas... quédate á mi lado (*inclina la cabeza sobre el pecho de Fausto.*)

FAUS. Cada instante que pasa es un nuevo peligro para nosotros... Si quieres, te lo suplico!

MAR. Por qué no me estreches en tus brazos como otras veces?... No me amas ya?

FAUS. Te amo, como jamás te he amado!... Pero es necesario partir... un solo paso, y estas libre!

MAR. (*con alegría.*) ¡Libre!... ¡Libre!... Partamos.

ESCENA VIII.

Dichos, MEFISTÓFELES.

MEF. Venid, ó sois perdidos!

MAR. (*retrocediendo con horror.*) Ah!

MEF. Nada de palabras inútiles! Mis caballos relinchan de impaciencia, y el día esta próximo á aparecer... Partamos.

MAR. Es él, Fausto, es él... arrojale de aquí.

FAUS. (*tomándola de un brazo.*) Ven, quiero que vivas para ser feliz!

MAR. (*cayendo de rodillas.*) Dios de bondad y de misericordia, á tu favor me encomiendo!

MEF. Los guardias y el verdugo se acercan; venid; ó os abandono

FAUS. Margarita, tu amor era mentiroso... ya no me amas!

MAR. Te amo, Fausto, te amo, y por lo mismo quiero morir!

FAUS. Qué dices?

MAR. Quiero morir por desaminar la cólera divina... por rescatar tu filia y la mia!

FAUS. (*queriendo llevarla.*) Ven, ya se acercan... te salvaré á pesar tuyo...

MAR. (*señalando á Mefistófeles.*) No, no!... Con él nos espera el suplicio eterno!... No, no quiero salir... (*cayendo.*) Ah!

FAUS. Margarita!... (*queriendo socorrerla.*)

MAR. (*con alegría creciente.*) Dios ha escuchado mis plegarias, y ha tenido piedad de mis lágrimas!... Mi sacrificio ha sido aceptado... Querias verme libre?... Ya lo estoy!... Adios, Fausto... adios! (*muere.*)

FAUS. Muerta!... inerte! (*devorado por las lágrimas, besa sus manos*)

ESCENA ULTIMA.

El fondo del teatro se abre, y aparece en la parte alta el paraíso, y en la baja la entrada del infierno. MEFISTÓFELE está en el centro del escenario, y FAUSTO arrojado ante el cuerpo de MARGARITA. Cuatro ángeles bajan en dos nubes y se llevan el cuerpo de Margarita; una música, al efecto, se deja oír dulcemente en la interior del paraíso. El ANGEL aparece.

FAUS. (*á Mefistófeles*) Margarita!...

MEF. Ya está juzgada!

ANG. (*señalando á los ángeles que la llevan.*) No, está salvada! (*á Mefistófeles*) ¡Hay, maldito! (*Mefistófeles desaparece en el infierno.*) ¡Arrepentete, pecador, que Dios es misericordioso, y un ángel pide por tí!

FIN.

MADRID.

IMPRESA DE M. ALVAREZ—ESPADA—6.

1861.

